

Los Prolegómenos de la Tregua Hispano-Turca de 1578

Historia de una Negociación

Por JOSÉ M. FLORISTÁN (Madrid)

§ 1. La política exterior de los primeros monarcas de la España unificada, como ponen de relieve los historiadores de este periodo, continuó ante todo la de la antigua corona de Aragón, en su enfrentamiento secular con Francia y desarrollo de sus intereses en el Mediterráneo occidental, y, en menor medida, la de Castilla, de orientación norteafricana. El doble enlace matrimonial de los príncipes españoles Juan y Juana, hijos de los Reyes Católicos, con Margarita y Felipe, hijos del emperador Maximiliano de Austria, buscaba el aislamiento diplomático de Francia y supuso la implicación de España en la política centroeuropea e italiana, en especial después de que Carlos, hijo de Felipe y Juana, heredara con los reinos peninsulares los territorios patrimoniales de las casas de Austria y Borgoña. Ya Fernando el Católico, cuya herencia incluía Sicilia y Cerdeña, se enfrentó a comienzos del s.XVI en el sur de Italia a los reyes franceses Carlos VIII y Luis XII por el reino de Nápoles. Años después, el emperador Maximiliano I y su nieto Carlos hacían otro tanto en el norte por el Milanesado. A la otra herencia, la castellana, corresponde la continuación de la reconquista por el norte de Africa, con la toma de las plazas de Melilla (1497), Mazalquivir (1505), Orán (1509), Bujía (1510) y Trípoli (1511). Aunque el Renacimiento conoce la creación de incipientes estados nacionales, hasta finales de la segunda década del s.XVI la idea de un esfuerzo conjunto de las potencias cristianas contra el Islam aún era vista como posible¹. De hecho, tanto Carlos de Habsburgo como Francisco de Valois-Angulema concurren a la corona del Sacro Romano Imperio en 1519 con la promesa de movilizar las fuerzas cristianas para una cruzada en caso de resultar elegidos. La elección del primero, sin embargo, dio origen a una rivalidad que los llevó a enfrentarse en seis guerras, hasta que sus hijos y sucesores Felipe II y Enrique II sellaron la paz en el tratado de Cateau-Cambrésis (1559), que supuso el reconocimiento de la hegemonía española en Italia. Entre tanto, el avance imparable por el norte de Africa, los Balcanes y el Mediterráneo situó al

¹ Cf. K. M. SETTON, Leo X (1513-21) and the Turks, *Proc. of the Amer. Philos. Soc.* 113 (1969), 367-424 [=IDEM, *The Papacy and the Levant*, vol. III Philadelphia 1984, capp. 4-5].

Imperio otomano en la vecindad inmediata de los territorios de Carlos V en el norte (Austria), centro (Nápoles y Sicilia) y sur (plazas norteafricanas). Comienza así el largo enfrentamiento entre España y Turquía, destinado oficialmente a durar dos siglos y medio hasta el tratado de amistad y comercio de 1782, pero que tuvo su punto álgido en las décadas centrales del XVI, desde la conquista de Corón (1532) hasta poco después de Lepanto (1571).

§ 2. Los Balcanes, primero bajo soberanía bizantina, luego otomana, nunca fueron del todo ajenos a los reinos peninsulares medievales, como lo demuestran la expedición de Roger de Flor y los almogávares², las conquistas navarras en Albania, Beocia y Peloponeso³, los contactos de Manuel II Paleólogo con diversos monarcas españoles⁴ o las propuestas de cruzada de los papas Nicolás V (1447–1455) y Calixto III (1455–1458) a Alfonso V de Aragón⁵. Con todo, las expediciones catalana y navarra fueron obra de aventureros solitarios más que empresas comunes de política exterior, y las peticiones para una intervención antiotomana apenas tuvieron eco. Todavía en 1525 Jano Láscaris intentó reconciliar a Carlos

² Cf. K. M. SETTON, *Catalan Domination of Athens 1311–1388*. London 1975 [amplia bibliografía en pp. 261–301]. IDEM, *Los catalanes en Grecia*. Barcelona 1975. A. RUBIÓ I LLUCH, *Diplomatari de l'Orient Català (1301–1409)*. Barcelona 1947 [para otros trabajos suyos, cf. SETTON, *Catalan Domination*, p. 286ss]. R. J. LOENERTZ, *Athènes et Néopatras: registes et notices pour servir à l'histoire des duchés catalans (1311–1394)*, *ArchFrP* 25 (1955), 100–212, 428–431. IDEM, *Athènes et Néopatras: registes et documents pour servir à l'histoire ecclésiastique des duchés catalans (1311–1395)*, *ArchFrP* 28 (1958), 5–91. IDEM, *Une page de Jérôme Zurita relative aux duchés catalans de Grèce (1386)*, *REByz* 14 (1956), 158–168. A. LUTTRELL, *Latin Greece, the Hospitallers and the Crusades 1291–1440*. London 1982. D. JACOBY, *Catalans, Turcs et Vénitiens en Roumanie (1305–1332): un nouveau témoignage de Marino Sanudo Torrello*, *Studi medievali* 15 (1974), 217–261.

³ A. RUBIÓ I LLUCH, *Los navarros en Grecia y el ducado catalán de Atenas, en época de su invasión*, *Mem. de la Real Ac. de Buenas Letras de Barcelona* 4 (1887), 223–492. IDEM, *Conquista de Tebas por Juan de Urtubia*, en: *Homenaje a D. Carmelo de Echegaray*. S. Sebastián 1928, 345–393. R. J. LOENERTZ, *Hospitaliers et Navarrais en Grèce (1376–1383): registes et documents*, *OCP* 22 (1956), 319–360. G. T. DENNIS, *The Capture of Thebes by the Navarrese*, *OCP* 26 (1960), 45–7.

⁴ C. MARINESCO, *Manuel II Paléologue et les rois d'Aragon*, *Bull. de la Sect. hist. de l'Acad. roumaine* 11 (1924), 192–206. IDEM, *Du nouveau sur les relations de Manuel II Paléologue (1391–1425) avec l'Espagne*, en: *Atti del VIII Congr. int. di St. Biz. [=SBN 7]*, vol. I Roma 1953, 420–436. S. CIRAC ESTOPAÑÁN, *Ein Chrysobullos des Kaisers Manuel II. Palaiologos (1391–1425) für den Gegenpapst Benedikt XIII. (1394–1417/23) von 20. Juni 1402*, *ByzZ* 44 (1951), 89–93.

⁵ C. MARINESCO, *Le pape Callixte III (1455–1458), Alphonse V d'Aragon, roi de Naples, et l'offensive contre les turcs*, *Bull. de la Sect. hist. de l'Acad. roumaine* 19 (1935), 77–79. IDEM, *Le pape Nicolas V (1477–1455) et son attitude envers l'empire byzantin*, *Bull. de l'Inst. Archéol. Bulg.* 10 (1935), 331–342. J. GILL, *Pope Callistus III and Scanderbeg the Albanian*, *OCP* 33 (1967), 534–562. S. CIRAC, *Ἡ πτώσις τῆς Κωνσταντινουπόλεως ἐν ἔτει 1453 καὶ οἱ Ἰσπανοί*, en: *Πεπραγ. τοῦ Θ' Διεθ. Βυζ. Συνεδρίου Θεσσαλονίκης*. edd. St. KYRIAKIDIS/A. SYNGOPULOS/P. ZEPOS, vol. II Atenas 1956, 304–324.

V y Francisco I, durante la prisión de éste en Madrid tras la derrota de Pavía, para que juntos dirigieran sus fuerzas hacia oriente, pero sus esfuerzos resultaron vanos⁶. En febrero de 1536 Francia sorprendió a la Europa cristiana con la firma de un tratado de amistad con Turquía por el que se autoexcluía de cualquier posible cruzada. Desaparecía así la idea del imperio cristiano universal y la Puerta entraba en el escenario político europeo como contrapeso a la agobiante supremacía de los Habsburgo. El Imperio Germánico continuaba teniendo un formidable potencial bélico, pero neutralizado en buena parte por las guerras sociales y de religión, por lo que los príncipes alemanes se limitaban, no siempre sin reticencias, a la defensa de la frontera oriental del Danubio⁷. Tan sólo los estados hereditarios de los Austrias y algunos italianos independientes, como Venecia, Génova o Roma, participaron con mayor o menor entusiasmo en la lucha contraturca. Los dos últimos apenas proporcionaban hombres de guerra, pero sí dinero. Venecia, por su parte, víctima de su configuración territorial y dependencia comercial de oriente, practicó una política oscilante con un continuo alternarse de la guerra y la paz, la primera para defender sus posesiones, siempre amenazadas, la segunda para asegurar su propia supervivencia⁸. Para algunos fue la suya una política oportunista, miope o ambigua, pero quizás sea mejor calificarla, con Braudel, como realista⁹. La monarquía hispánica, en segunda

⁶ J. WHITTAKER, Janus Lascaris at the Court of the Emperor Charles V, *Thesaurismata* 14 (1977), 76–109. IDEM, G. B. Scandella and Janus Lascaris, *Thesaurismata* 17 (1980), 323–328. En el Archivo General de Simancas (España) se conserva un memorial de Láscaris que no puede ser el de ese año, como ya demostró L. GIL, Un opúsculo político de Jano Láscaris, *CFC* 20 (1986–87), 267–275. Sobre otro memorial de 1531, cf. R. BINNER, Griechische Emigration und Türkenkrieg. Anmerkungen zu einer Denkschrift von Janus Lascaris aus dem Jahre 1531, *Südost-Forschungen* 30 (1971), 37–50; y sobre éste y dos escritos más suyos, cf. A. PONTANI, Paralipomeni dei Turcica: gli scritti di Giano Lascaris per la crociata contro i turchi, *Römische Historische Mitteilungen* 27 (1985), 213–338.

⁷ Cf. H. LAMPARTER, *Luthers Stellung zum Türkenkrieg*. München 1940. E. BENZ, *Wittenberg und Byzanz. Zur Begegnung und Auseinandersetzung der Reformation und der östlich-orthodoxen Kirche*. Marburg 1949. S. A. FISCHER-GALATI, *Ottoman Imperialism and German Protestantism 1521–1555*. Cambridge-Mass. 1959. K. M. SETTON, *Lutheranism and the Turkish Peril*, *Balkan Studies* 3 (1962), 133–168.

⁸ En la primera guerra contra la Puerta (1463–79) Venecia perdió las islas de Negroponte (Eubea) y Lemnos, y diversas plazas costeras en Albania; en la segunda (1499–1503), Santari, Durazzo, Lepanto, Navarino, Modón y Corón; en la tercera (1537–40), Nauplia y Malvasía, lo que suponía su expulsión definitiva de la Morea; en la cuarta (1570–73), Chipre, y en la quinta (1645–69), Candía (Creta); en la sexta (1684–99) recuperó la Morea y las islas de Egina y Léucade, que poco después volvió a perder en la séptima (1715–17).

⁹ F. BRAUDEL, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, vol. II Madrid 1976², 569. Para las relaciones turco-venecianas en los comienzos de la expansión otomana, cf. D. A. ZAKYTHINOS, *L'attitude de Venise face au déclin et à la chute de Constantinople*, en: *Venezia, centro di mediazione tra Oriente e Occidente (secoli XV–XVI). Aspetti e problemi*. edd. H.-G. BECK/M. MANOUSSACAS/A. PERTUSI. Firenze 1977, 61–75. E. SCHILBACH, *Venedigs widersprüchliche Haltung zur türkisch-*

línea de combate y con los enormes tesoros americanos de la retaguardia, podía permitirse una política obstinadamente hostil contra la Puerta, que la Serenísima no podía asumir durante largo tiempo sin peligro de colapso total. Desde la década de 1530 hasta Lepanto el peso fundamental en la contención del avance turco en Europa correspondió al emperador Carlos V y a su hijo Felipe II, con la ayuda veneciana durante ciertos periodos de tiempo. Tras el abandono de la Liga Santa por Venecia (marzo de 1573), España continuó siendo nominalmente enemiga declarada de la Puerta, pero diversas circunstancias vinieron a alejarla del Mediterráneo hacia el Atlántico en los años siguientes: la guerra abierta de Flandes desde 1572, la intervención creciente en los conflictos religiosos de Francia, la inseguridad de las rutas atlánticas por el contrabando y la piratería de Hawkins y Drake, la anexión de Portugal (1580) y la intensificación de la colonización americana. Con la perspectiva histórica que da el paso del tiempo hoy nadie duda de que la gran época del Mediterráneo tocaba a su fin, pero los protagonistas de esta etapa no fueron conscientes de ello, y de ahí que los proyectos antiotomanos fueran todavía habituales durante varias décadas¹⁰. El cansancio provocado por la lucha prolongada y los nuevos problemas surgidos en otras fronteras hicieron que en los años inmediatamente posteriores a Lepanto se oyeran voces que sugerían la posibilidad de una suspensión de las hostilidades, al principio entremezcladas con las de quienes preferían su continuación. Las autoridades españolas prestaron oídos a todos en una primera fase, pero cuando la negociación de la tregua estuvo encaminada se abandonó la actitud hostil. El objetivo de este trabajo es reconstruir esos primeros contactos que condujeron a la firma de la tregua de Margliani en 1578. Las propuestas hostiles que se interfirieron con ellos ya las he analizado en otro lugar¹¹.

§ 3. La actitud francesa fue determinante en la política española posterior a Lepanto o, cuando menos, le sirvió de justificación moral. Veamos de qué manera. Desde el tratado de amistad de 1536 los monarcas cristianísimos y los sultanes habían mantenido una relación diplomática fluida y una correspondencia epistolar regular. En verano de 1571 Carlos IX envió a Constantinopla como embajador al obispo de Dax, François de Noailles (1519–85), que lo había sido con anterioridad en Venecia¹². Nada más llegar a la Puerta comunicó al sultán la disposición de su rey a atacar a Felipe II y para ello le pidió que todos los años enviara 200

osmanischen Expansion, *ibidem* 77–81. H. INALCIK, *An Outline of Ottoman-Venetian Relations*, *ibidem* 83–90.

¹⁰ J. M. FLORISTÁN, *Fuentes para la política oriental de los Austrias. La documentación griega del Archivo de Simancas (1571–1621)*. León 1988.

¹¹ J. M. FLORISTÁN, *Felipe II y la empresa de Grecia tras Lepanto (1571–78)*, *Erytheia* 15 (1994), 155–190.

¹² K. M. SETTON, *The Papacy*, vol. IV, y F. BRAUDEL, *El Mediterráneo*, vol. II, *passim*. De Noailles tenía estrecha amistad con el almirante Coligny, cabeza del partido hugonote y consejero real desde ese mismo año, y con el cardenal “hereje” de Châtillon. Aunque ostentaba el título de obispo de Dax, de hecho había estado suspendido por la Iglesia de esta dignidad durante 10 años.

Los Prolegómenos de la Tregua Hispano-Turca de 1578

galeras de apoyo a invernar en Toulon. En septiembre de 1572 Selim II contestó a Carlos IX aceptando la propuesta y pidiéndole que le avisara con tiempo cuando estuviera decidido a atacar, para preparar las vituallas y pertrechos y zarpar con la antelación suficiente porque, aunque la armada saliera bien equipada, en un viaje de más de 2000 millas necesariamente había de sufrir mucho y sería forzoso repararla al llegar. El sultán muestra su conformidad con que todos los territorios que el rey de Francia conquiste en España o Italia sean para él, tal como le había propuesto el embajador¹³. Pero las negociaciones son de *tempo* lento y el panorama interno de Francia había cambiado radicalmente ese verano. La madrugada de San Bartolomé (24 de agosto) se había producido la célebre matanza de hugonotes, una de cuyas víctimas fue el almirante Coligny. La política de acercamiento a los *gueux* holandeses y a la Puerta en contra de España sufrió con ello un duro revés. Entre tanto, la flota de la Liga Santa desaprovechaba en septiembre-octubre una buena ocasión para desbaratar la otomana de Uluç Alí en aguas de Navarino y Modón y regresaba a sus bases italianas sin sacar provecho de los enormes gastos realizados, lo que provocó la irritación de los venecianos, preludio de su abandono de la Liga unos meses después. En otro punto del escenario internacional, más al norte, el 7 de julio de ese año fallecía sin heredero Segismundo II de Polonia, y las potencias que luchaban por la hegemonía europea tomaban posiciones para procurar atraer al país a su órbita de influencia mediante la designación de su sucesor. Frente a la candidatura austriaca del archiduque Enrique, hijo del emperador Maximiliano II, el 9 de mayo de 1573 fue elegido Enrique de Anjou a pesar de la oposición de Iván IV de Moscovia, que lo rechazaba por amigo y aliado de la Puerta. También en este asunto intervino De Noailles pidiendo a Selim apoyo para el candidato francés. Con carta del 15 de julio de 1573 el sultán comunicó a Carlos IX que había escrito a los barones de Polonia y Lituania para favorecer la candidatura de su hermano y que, una vez elegido, había expedido un decreto imperial para que se le facilitara el paso por sus territorios. Le confirmaba, además, que había alcanzado un acuerdo de paz con los venecianos y le anunciaba que se disponía a atacar por mar y tierra a sus enemigos con una armada de 400 galeras y otros tantos barcos grandes, que desembarcarían en la Apulia 150.000 jenízaros y 50.000 espahíes para arrasarse el territorio hasta Roma. Para ello tenía pensado pasar el invierno en Edirne y estar a comienzos de año en la Valona. En reciprocidad con el apoyo prestado a su hermano pedía al rey francés que hostigara y moviera guerra por sus fronteras contra el enemigo común¹⁴. En otra carta sin fecha, sin duda del mismo verano, el sultán proponía dos rutas seguras para el viaje de Enrique de Anjou a Polonia, la de Zara – Clissa – Bosnia – Sirmio – Temesvar – Transilvania, ó la de Ragusa – Hercegovina – Sirmio – Temesvar, y le comunicaba que ya había escrito a los berleybeys de estos lugares y al sanjaco de la provincia para

¹³ Copia de la carta en AGS [Archivo General de Simancas] E1071 [Estado, legajo 1071] F178 [folio 178] = F199.

¹⁴ Copia de la carta en AGS E1071 F82.

que le proporcionaran todo lo necesario. En correspondencia pedía al rey francés le hiciera llegar todas las nuevas que tuviera de occidente¹⁵.

§ 4. Los planes de Selim se vieron alterados a resultas de la actuación española. En octubre de ese año D. Juan de Austria conquistó Túnez y Bizerta con ayuda de Muley Hamida, el antiguo rey depuesto por Uluç Alí (cf. infra). A comienzos de febrero de 1574 el sultán envió a los beylerbeys de Túnez y Trípoli, Haidar Bajá y Mustafá Bajá respectivamente, sendas cartas en las que se refleja la profunda irritación que la conquista le había producido. Les comunica su decisión de reunir la armada y el ejército más poderosos que jamás se hayan visto e ir a conquistar todo el reino, incluida la plaza de La Goleta que los españoles mantenían desde 1535. Les ordena que unan sus fuerzas a la expedición cuando llegue y que exhorten a los jeques árabes a hacer otro tanto. Por las cartas sabemos que se había difundido el rumor de que los españoles proyectaban ocupar Los Gelves (Djerba) después de enero, que finalmente se reveló falso¹⁶. En otra carta del 20 de febrero ordena al beylerbey de Argel Ahmed Bajá que se una al general de la armada Sinán Bajá a comienzos de junio en Grecia y que tranquilice a los señores y al pueblo de Argel con buenas palabras¹⁷. Finalmente, el 19 de mayo, escribe al rey de Francia y le pide su ayuda “per andar sopra il maledetto spagnolo”. Ya lo había hecho con anterioridad a través del mencionado Sinán, pero Carlos IX se había excusado, a través de su embajador, por las dificultades internas de su reino, prometiéndole que acudiría en ocasiones futuras. En opinión de Selim, ahora es llegado el momento de castigar al enemigo común según las promesas de amistad que los monarcas franceses habían hecho en reiteradas ocasiones en el pasado. Como otras veces, termina pidiendo que se le envíe toda la información que pueda haber de occidente, tanto de España como de Italia, en especial el estado y los planes de sus enemigos¹⁸.

Una vez más, sin embargo, problemas internos de Francia dificultaron una hipotética actuación conjunta. El 30 de mayo fallecía Carlos IX antes de recibir la carta de Selim y su hermano Enrique abandonaba Polonia para sucederle en el trono. Se reabría así el problema dinástico en este reino y la posibilidad de que entrara en la órbita de los Habsburgo. A comienzos de agosto el sultán escribe de nuevo a los nobles de Polonia y Lituania exhortándolos a elegir con prudencia y buen consejo a uno de ellos mismos. Les manifiesta su oposición radical a un príncipe foráneo o enemigo de la Puerta y les amenaza con graves perjuicios si lo hacen¹⁹. Poco después, el 1 de septiembre, exhorta al nuevo rey francés Enrique III a permanecer fiel a la amistad con la Puerta que tuvieron sus antecesores,

¹⁵ Copia de la carta en AGS E1071 F170. Zara = Zadar, Clissa = Klis, Temesvar = Timișoara, Sirmio = Sremska Mitrovica, al oeste de Belgrado, la antigua *Colonia Flavia Sirmium* de los romanos, en la *Pannonia inferior* a orillas del Sava.

¹⁶ Copia de las cartas en AGS E1071 F205.

¹⁷ Copia de la carta en AGS E1071 F198.

¹⁸ Copia de la carta en AGS E1071 F183.

¹⁹ Copia de la carta en AGS E1071 F201.

le promete que hará todo lo que le pida y le insta a actuar de igual modo. Le informa asimismo de la salida de su armada para recuperar Túnez y le pide una buena acogida y apoyo material si se ve obligada a invernar en el Mediterráneo occidental. Finalmente, le comunica la partida del obispo de Dax, sustituido por el nuevo embajador que mandó su hermano antes de morir, y el envío de una carta semejante a la reina madre Catalina de Médicis solicitando su intercesión para que continúe la amistad con la Puerta²⁰.

§ 5. Del pormenorizado relato que antecede pueden sacarse, creo, al menos tres conclusiones: primero, la existencia de una sólida alianza antiespañola entre Francia y Turquía, de la que la lucha por el trono de Polonia sería un episodio más; segundo, la profunda irritación que produjo en la Puerta la conquista de Túnez y Bizerta en octubre de 1573; finalmente, de estos dos puntos se infiere la imposibilidad de que las noticias anteriores a 1575 sobre la negociación de una tregua tengan excesivo fundamento. La primera mención de la misma que conozco está en sendas cartas, de marzo de 1574, del embajador español en Roma, Juan de Zúñiga, a D. Juan de Austria y Felipe II, en las que informa de las actividades del caballero de Malta Juan Barelli²¹. En ellas afirma que el papa había oído rumores de la supuesta negociación meses antes, pero que no les había dado crédito por sospechar que era un ardid de los españoles para sacarle más dinero para la lucha contraturca. Zúñiga envió, además, un memorial de Barelli en el que éste narraba sus conversaciones el año anterior con Memi Çelebi de Atenas sobre la posibilidad de una tregua²². Con todo, ese año todavía viajaron a Constantinopla por cuenta española dos agentes con un proyecto de sabotaje, lo que indica que la decisión sobre una hipotética negociación aún no estaba tomada²³. Además, junto a los intentos de sabotaje se promovía la defección de altos cargos de la Puerta, con la promesa de que conservarían al servicio de España su rango y privilegios. Uno de estos casos fue el del mismísimo comandante general de la armada turca Uluç Alí Bajá²⁴ y su prohijado Murâd Agá, eunuco luqués renegado. Sus propuestas llegaron a Madrid en 1575 a través de Antonio Avellán, que

²⁰ Copia de la carta en AGS E1071 F175.

²¹ J. M. FLORISTÁN, Felipe II, p. 164.

²² Ibidem p. 168.

²³ Ibidem pp. 173–175.

²⁴ Uluç Alí (‘Euldj ‘Alí) Bajá, último beylerbey de Argel (1568–87), y Jairedín Barbarroja fueron las dos figuras más importantes de la dominación turca de este reino. El primero era un renegado originario de Calabria. Se distinguió en el sitio de Malta (1565) a las órdenes de Hasán Pachá, el hijo de Barbarroja, y de Dragut. Los cristianos atribuían su natural melancólico a la pena por haber renegado, el embajador de Francia en Constantinopla afirmaba que era criptocristiano y los jenízaros de Argel dudaban de la firmeza de sus convicciones islámicas. Por su valeroso comportamiento en Lepanto fue nombrado comandante de la flota otomana y dejó el gobierno de Argel a su lugarteniente ‘Arab Aḥmad, que participo en la reconquista de Túnez y La Goleta en 1574, y luego al caíd Ramdan (1574–77), que logró reinstaurar en el trono de Fez al pretendiente Mawlāy ‘Abd al-Malik (cf. n. 43).

había sido ganado para el servicio de España por el genovés Juan María Renzo en 1568²⁵. Examinemos con detalle el negocio²⁶.

Avellán vivió cautivo varios años en Constantinopla, desde donde sirvió enviando avisos de la armada turca. En 1571 pudo huir y venirse a Italia con algunos cristianos italianos y españoles. Por su dominio de la lengua turca y experiencia de levante D. Juan lo envió de nuevo a la Puerta en 1573 con el hijo de Uluç Alí, cautivo en Roma tras su captura en Lepanto y puesto en libertad ese año por intermediación del susodicho Barelli²⁷. Allí permaneció quince meses, aproximadamente desde finales de 1573 hasta comienzos de 1575, transmitiendo avisos y manteniendo el ánimo de los agentes españoles²⁸. Pasado este tiempo viajó a Madrid para entrevistarse con D. Juan y, al no encontrarlo, presentó sus propuestas directamente al rey. Éstas consistían en la oferta de Murâd Agâ de regresar a la fe cristiana prestando algún servicio señalado. Ya lo habría hecho, según afirma, de no ser por la indiscreción de su compañero de viaje, el florentino Virgilio Pulidori, al que el hijo de Uluç Alí le descubrió una carta que llevaban para Murâd. Afortunadamente se la entregó a Avellán para que se la leyera y éste la rompió diciendo que trataba de negocios sin importancia. En Madrid Avellán propuso que se escribiera a Murâd agradeciéndole su buen ánimo y exhortándolo

²⁵ En el AGS E1140 F99 se conserva a nombre de Avellán una cédula de las 50 que con fecha del 20 de agosto de 1566 Felipe II entregó a Renzo para repartir entre los agentes de Constantinopla, que le habría sido entregada en Pera en mayo de 1568 según consta en la posdata de puño y letra de Renzo. Ahora bien, en esa fecha éste estaba en España e Italia, por lo que difícilmente pudo hacer la entrega de la cédula como afirma y rubrica. En su venida a España en 1575 Avellán enseñó una cédula firmada por Aurelio de Santa Cruz, *alias* Bautista Ferraro, cabeza de los agentes españoles en la Puerta, que es más probable que fuera la verdadera. En cualquier caso, Avellán ya formaba parte del círculo de los agentes antes de Lepanto. Sobre la red de espías de Renzo, cf. FLORISTÁN, Fuentes, vol. II, pp. 579–692.

²⁶ La documentación está conservada en el AGS E1144 ff. 280–286 y 221.

²⁷ FLORISTÁN, Felipe II, pp. 162–163, en especial n. 12.

²⁸ El baile veneciano Marcantonio Barbaro afirmaba en 1573 que, tras la firma de la paz turco-veneciana, en la Puerta había habido, como otras veces, “razonamientos” de una tregua con España, pero que tampoco ahora se había llegado a nada concreto, en especial después de la toma de Túnez y Bizerta ese verano, cf. E. ALBERI, *Relazioni degli ambasciatori veneti al Senato*, ser. III, vol. 1 Firenze 1840, 299–345, p. 336. BRAUDEL, *El Mediterráneo*, vol. II, p. 664ss, se hace eco de las informaciones transmitidas por el obispo de Dax sobre unas negociaciones de paz conducidas por Avellán („Antonio de Villau“), en las que ni siquiera se descartaba, según su testimonio, el pago de un tributo por los españoles, que estarían deseosos de abrir las rutas comerciales entre el levante e Italia. Tengo serias dudas de que Avellán tuviera comisión, ni siquiera de D. Juan a espaldas del rey, para tratar de la paz, y menos con esas concesiones, que chocan frontalmente con los términos posteriores de la negociación de Margliani (cf. *infra*). Me parece que las observaciones de Barbaro están mejor encaminadas que las del obispo de Dax, al que quizás el excesivo celo por contentar a su rey le restaba objetividad. En cualquier caso, no he hallado en Simancas ningún apoyo documental de estas supuestas negociaciones para una tregua.

Los Prolegómenos de la Tregua Hispano-Turca de 1578

a pasarse al servicio del rey, él y Uluç Alí, con la fortaleza de Argel o la flota turca. En caso de que Murâd no se atreviera a hablar del tema con Uluç Alí, la carta serviría al menos para sembrar la discordia entre ellos. Propone que se informe de todo a Hurrem Bey, luqués como Murâd Agá y gran amigo suyo, y a Aurelio de Santa Cruz²⁹, y que se gane para el servicio del rey a Carlo Miniati, también luqués y deudo del Lorenzo Miniati que había servido a Felipe II en Ragusa³⁰. Este Carlo residía en la ciudad como cónsul de la república de Lucca, a cuyos habitantes el sultán había concedido libertad de contratación mercantil en levante, y como amigo y compatriota de Murâd podría tratar con él de su paso al servicio del rey. Avellán afirma que no conviene que él regrese a la Puerta, por algunas sospechas que había levantado, pero que si era necesario, tenía salvoconducto para volver, que le había dado el gran visir Sokollu Mehmed Bajá³¹ a condición de que negociara el intercambio de algunos cautivos y le llevara la respuesta de “no sé qué dos vergüenzas que me dixo dixese al señor don Juan açerca de su falsa opinión”. Parece, pues, que en el enfrentamiento hispano-turco no faltaban puntos tocantes al honor de algunos de sus principales protagonistas. Finalmente, Avellán pide una ayuda económica de 800 ducados para el viaje, ya que en los últimos dos años de servicio sólo ha recibido los 300 que le dio D. Juan para el anterior. Recuerda que Renzo le prometió en 1568 un entretenimiento

²⁹ Aurelio de Santa Cruz, italiano de los dominios venecianos, había sido ganado para el servicio de España en 1562 por Juan María Renzo (FLORISTÁN, Fuentes, vol. II, p. 586ss), y Hurrem Bey, dragomán mayor del gran visir, por el propio Sta. Cruz, como afirma en el informe traído por Bruti a España (cf. infra). Murâd Agá había intentado en 1570 viajar a Italia a presentar sus respetos al virrey de Nápoles, pero fue impedido por las autoridades de Ragusa, al igual que Renzo en su cuarto viaje a Constantinopla (ibidem p. 666ss).

³⁰ FLORISTÁN, Fuentes, vol. II, p. 624, n.31.

³¹ Şokollu Mehmed Paşa, natural de Trebinje (Hercegovina), de humilde cuna, fue llevado al serrallo del Top-Kapi a los 18 años, víctima de la “dewshirme”. Solimán lo tuvo en alta estima entre sus esclavos y lo nombró gran visir en 1565. Apoyó como sucesor suyo a Selim, con una de cuyas hijas se casó. Las fuentes lo presentan como de compleción robusta, religioso, sobrio, pacífico y no vengativo, aunque bastante avaricioso. En 1575 tenía ca. 70 años. Después del sultán era la máxima autoridad de la Puerta, lo que le ganó la enemistad de los otros bajás, en especial de Pialí Pachá y Mustafá Pachá. Fueron Pialí y el judío José Nasi, médico del sultán y enemigo declarado de Şokollu y Venecia, quienes incitaron a Selim a emprender la guerra de Chipre contra el parecer del gran visir, que se oponía a la misma no tanto por simpatía filoveneciana como para impedir que sus adversarios cobraran mayor ascendencia sobre aquél. Conservó su puesto también bajo Murad III, hasta su asesinato el 11 de noviembre de 1579 en una conjura preparada por los otros bajás. Sobre su persona nos proporcionan datos el baile Marcantonio Barbaro (1568–73), el embajador extraordinario ante la Puerta en 1573 Andrea Badoaro, el senador Constantino Garzoni, una relación anónima de 1579 y el baile Marcantonio Tiépolo (1573–75), cf. E. ALBERI, Relazioni, Firenze 1839–63, vol. XV, 387–415; ser. III, vol. 1, 299–345, p. 319ss; ibidem 346–368, p. 364ss; ibidem 369–436, p. 404ss; ibidem 437–468, p. 442ss; ser. III, vol. 2, 129–191, p. 156ss.

anual de 300 ducados y una ayuda de costa adicional de 500. La consulta que el Consejo de Estado eleva al rey desestima el pago de estas dos últimas cantidades por no haberse alcanzado ninguno de los resultados que prometieron, y propone se le den 25–30 ducados mensuales en el servicio de D. Juan. La decisión del rey se conforma con lo consultado.

§ 6. Felipe II remitió a Avellán a su hermano D. Juan con carta del 6 de junio de 1575. En ella le da cuenta de sus proyectos (sobre los que se muestra escéptico) y le pide que lo escuche y lo encamine por la vía más conveniente. Le encarece el secreto que ha de guardarse sobre el asunto y le ordena que dé a Avellán, para el viaje y para repartir entre los agentes de Constantinopla, el dinero que estime oportuno, que en otra carta del día siguiente cifra en un límite máximo de 600 escudos, porque en Madrid ya ha recibido 150 de ayuda de costa. Además se le entregó un salvoconducto para que las autoridades españolas le facilitaran el viaje y sendas cartas para Murâd Agá, Hurrem Bey y Aurelio de Sta. Cruz. En ellas se les agradece su buena disposición al servicio del rey y se les promete honras y mercedes superiores a las que allí tienen si sale adelante alguna de las propuestas que Avellán lleva. A los dos últimos se les exhorta a apoyar la misión de éste, y a Murâd se le insiste en la conveniencia de reducir a Uluç Alí al servicio español.

No sabemos cuándo salió Avellán de Nápoles, pero sí que llegó a la Puerta el 22 de diciembre de ese año. No gustó a los agentes españoles en la ciudad el negocio que traía, por lo que le disuadieron de llevarlo adelante. Sus reticencias estaban más que justificadas. Uluç Alí era uno de los bajás más importantes y su captación para el servicio de España no pasaba de ser una quimera. Hasta qué punto el sultán confiaba plenamente en él se deja ver por la orden que le transmite el 17 de mayo de 1576 sobre lo que debe hacer ese verano con su armada. Le comunica que ha tenido noticias de que los españoles intentaron impedir a Ramdán, su lugarteniente en Argel, que pusiera a Muley Abdel Malek en el trono de Fez, como le había ordenado el año anterior (cf. n. 43), y que por ello había decidido castigarlos. Le ordena que zarpe con los barcos que están preparados hacia Quíos, en donde deberá esperar a las galeras que han ido a Alejandría y otros lugares del Imperio. Una vez reunidas todas y fabricado el bizcocho, pasará a Navarino, revisará las defensas y provisiones de las fortalezas marítimas y enviará espías a conocer los preparativos y movimientos del enemigo. Le ordena que actúe según las noticias que vaya teniendo de estos preparativos y que ataque a todos los barcos cristianos que naveguen armados por sus mares, pero respetando las naves de carga y los territorios venecianos. Finalmente, deberá ordenar a todos los beylerbeys y sanjacos de la marina que hagan las provisiones necesarias para una gran armada para el año siguiente, “a danno delli infidelli mei inimici di Spagna, per abasar la sua superbia”³². Así, pues, no parecía prudente tantear a un hombre en el que el sultán tenía depositada la máxima confianza. Así lo manifiestan los agentes constantinopolitanos en un par de cartas fechadas

³² AGS E1071 F200.

Los Prolegómenos de la Tregua Hispano-Turca de 1578

el 21 de julio de 1576³³. En ellas comunican haber ganado para servicio del rey al albanés Bartolomé Bruti, que con anterioridad había trabajado para Venecia, al que Avellán entregó una de las cartas que llevó³⁴. Asimismo, por medio de Bruti ganaron a un destacado turco, Mehmed Bey, hijo del que fuera rey de Argel Salla Arráez³⁵. Los agentes piden dinero para sí y para su enviado Bruti, que la propuesta que éste lleva sea resuelta lo antes posible y que Avellán ya no regrese por allí, por las sospechas que levanta. De la misma fecha es otra carta sin firma, probablemente de Hurrem Bey, pues su autor dice haber recibido la que le envió el rey con Avellán. Afirma que prefirió no comunicarse con él sino con Aurelio de Sta. Cruz, con el que siempre había tratado los asuntos del servicio del rey, pero que había favorecido a Avellán en todo lo posible y le había conseguido licencia para regresar a la cristiandad a pesar de la irritación del gran visir, que había dado a entender que lo haría esclavo si regresaba por allí³⁶. Pide que se preste crédito a Bruti y se le haga volver lo antes posible. También del 21 de julio es una carta del propio Mehmed Bey, en la que dice que Bruti le enseñó la carta que Avellán llevó para Murâd, que le movió a poner en práctica sus deseos de servir a Felipe II. Pide todo el crédito para Bruti y que le envíe por él su respuesta. De unos días después (25 de julio) es otra del propio Avellán semejante a las anteriores, también en creencia de Bruti. Finalmente, Sta. Cruz envió una pormenorizada relación de las noticias que los agentes españoles en Constantinopla habían transmitido entre 1564 y el 25 de julio de 1575.

§ 7. Junto a esta documentación se conserva un memorial, sin duda del propio Bruti, con noticias de interés sobre su persona. Bruti residía en Constantinopla

³³ Toda la documentación sobre la actuación de Avellán en Constantinopla y el viaje de Bartolomé Bruti a Madrid y sus propuestas está conservada en el AGS E488 SF (sin foliar).

³⁴ En una carta escrita en Constantinopla el 25 de julio Avellán afirma que Bruti es hombre de muchas relaciones en levante y que domina las lenguas “esclavona, albanesa, turca, latina e italiana”. En realidad, como luego veremos, Bruti había sido capturado para el servicio de España en 1574 por Giovanni Margliani.

³⁵ Şalâḥ ar-raʿīs („el capitán“) fue beylerbey de Argel entre 1552 y 1556. Aprendió el oficio militar junto a Khayr al-dīn Barbarroja y fue un jefe rudo y belicoso. Conquistó a los españoles el peñón de Vélez de la Gomera (1554) y Bujía (1555). Su hijo Muḥammad (Meḥmed en turco) ibn Şalâḥ asumió la regencia de Argel en 1567, después del tercer y último periodo de gobierno de Hasan Pachá, hijo de Barbarroja. Se dedicó a reparar los efectos de las destrucciones causadas por la peste, el hambre y el bandolerismo, pero fue pronto sustituido (marzo de 1568) por Uluç Alí Bajá.

³⁶ Sin duda Avellán había regresado a la Puerta sin negociar el rescate de los cautivos que le había encomendado Mehmed Sokollu. Por este motivo y, quizás, por sospecha sobre sus verdaderas actividades, amenazó con reducirlo a la cautividad de la que había escapado en 1571. La nacionalidad española de Avellán es aducida constantemente por los agentes de Constantinopla como un inconveniente en su contra. Con todo, creo que no puede descartarse que los agentes españoles exageraran los peligros de su estancia en levante, quizás para quitarse de encima un testigo incómodo de sus actividades, sobre cuya efectividad diversas autoridades españolas tenían fundadas reservas.

como servidor veneciano hasta que un día de 1574, en casa del baile Antonio Tiepolo, Giovanni Margliani, que había caído prisionero en Túnez ese mismo año, le propuso entrar al servicio de Felipe II³⁷. Tras la sorpresa y vacilación iniciales, se resolvió a aceptar la propuesta. Prestó su primer servicio unos meses después, a mediados de 1575, cuando acompañó a los cautivos cristianos de la torre del Mar Negro hasta Ragusa para intercambiarlos por prisioneros turcos de Lepanto encarcelados en Roma³⁸. De allí pasó a Nápoles a entrevistarse con D. Juan, que le mandó ponerse a las órdenes de Margliani, al parecer también liberado. Éste lo envió de regreso a la Puerta, en donde nadie sabía que ahora estaba al servicio de España. Cuando llegó Avellán con el negocio de Murâd y Uluç Alí, Bruti se atrevió a proponérselo a Mehmed Bey, que tras un primer rechazo acabó por aceptarlo. Luego, con salvoconducto del baile veneciano para viajar a occidente so color de ir a resolver asuntos privados, Bruti llegó a Nápoles, en donde Margliani le presentó al duque de Sessa³⁹, por hallarse D. Juan ausente. Durante su estancia en la ciudad recibió desde la Puerta una carta de Aurelio de Sta. Cruz en la que le pedía que concertara una vía nueva para el correo, porque el gran visir había descubierto la de Corfú y puesto guardias que dificultaban los envíos. Bruti entregó al virrey Mondéjar⁴⁰ un memorial sobre la nueva vía y éste le exhortó a preparar lo necesario para abrirla cuanto antes, a lo que aquél le contestó que antes tenía que viajar a Madrid por el asunto de Mehmed Bey, pero sin revelarle su contenido.

Estando en éstas, llegó de Madrid de paso hacia Constantinopla Martín de Acuña, al que Bruti ya conocía de la Puerta (cf. § 13). Acuña le mostró las cartas que llevaba y le pidió que lo acompañara, petición a la que se sumó el virrey. Bruti contestó a éste que los planes de Acuña no tenían fundamento y le pidió que lo retuviese en Nápoles, para que no echara a perder los que habían elaborado con tanto esfuerzo y peligro los agentes de Constantinopla. El virrey, sin embargo, se mantuvo firme en la orden que tenía de Madrid de que Acuña siguiera adelante, por lo que Bruti decidió entregarle unas cartas de recomendación para unos conocidos suyos, un pasaporte y un acompañante para el viaje. Cuando ya todo parecía resuelto, el virrey volvió a instar a Bruti para que acom-

³⁷ Margliani sirvió en la compañía de Gabrio Serbelloni, capitán y arquitecto militar (1508–1580), encargado de proyectar un fuerte para Túnez tras su conquista en 1573. Al año siguiente, sin embargo, ambos fueron capturados en esta plaza y estuvieron cautivos en Constantinopla hasta el intercambio de prisioneros del verano de 1575.

³⁸ FLORISTÁN, Felipe II, pp. 169–173.

³⁹ Gonzalo Fernández de Córdoba (?–1578), tercer duque de Sessa y nieto del Gran Capitán. Fue gobernador de Milán en dos ocasiones (1558–60 y 1563–64) y participó con D. Juan de Austria en la campaña contra los moriscos granadinos (1569–70) y en Lepanto.

⁴⁰ Iñigo López Hurtado de Mendoza, marqués de Mondéjar, llegó a Nápoles como virrey el 10.VII.1575 y ocupó el cargo hasta 1579. Sobre su gobierno, cf. J. RANEO, Libro sobre los virreyes lugartenientes del reino de Nápoles. Madrid 1853 (CODAIN, 23), p. 239ss.

pañara a Acuña. Éste se negó por segunda vez, por lo que aquél lo amenazó con la cárcel si no le revelaba el negocio que llevaba a España. Como las amenazas no sirvieran para romper su silencio, el virrey decidió encerrar a Bruti y abrir y leer sus despachos. En seguida se percató del error que había cometido, lo puso de nuevo en libertad e intentó ganárselo con palabras halagadoras, pero insuficientes para que Bruti olvidara el incidente, al que alude en su memorial cuando se queja amargamente “de che manera vengono alle fiatte trattati d’alcuni delli suoi ministri, quelli che con molto zello et molto dессiderio si esponeno, non riguardando ad alcuna manera di pericolo, al servizio di Vostra Maestà”.

§ 8. Por el informe de Bruti conocemos el motivo que impulsó a Mehmed Bey a ofrecer sus servicios al rey, que no es otro que el afán de vengarse de los agravios recibidos de Mehmed Sokollu. En efecto, el hijo de Salla Arráez fue destituido del gobierno de Argel en favor de Uluç Alí (cf. n. 35) por no querer pagar al gran visir las contribuciones que otros cargos provinciales le hacían⁴¹. Al estallar la guerra de Chipre en 1570 fue nombrado sanjaco de Negroponte y como tal cayó prisionero en Lepanto⁴². Estuvo cautivo en Roma hasta 1575, año del intercambio de prisioneros por los cautivos cristianos a los que acompañó Bruti (cf. *supra*). De regreso en Constantinopla no recibió los honores y recompensas que esperaba, por lo que no le fue difícil a Bruti ganárselo con las promesas que le hizo, superiores incluso a las que Avellán había llevado para Murâd Agá. Mehmed ofrecía hacerse con el gobierno de Argel mediante regalos (como allí era costumbre) y con el favor de su mujer, pariente del sultán, para luego rebelarse en nombre del rey de España.

El 26 de enero de 1577 el duque de Sessa remite al rey y a Antonio Pérez sendas cartas en creencia de Bruti, en las que pide sea bien atendido y despachado cuanto antes. Otro tanto hace el veedor Sancho de Zorroza en una carta a Pérez del 16 de febrero. Por ésta sabemos que Bruti estuvo retenido varios días en espera de un pasaje hacia España y que finalmente el mal tiempo le obligó a viajar por tierra hasta Génova. En Madrid Bruti presentó las cartas de Constantinopla y el memorial sobre su persona que ya he analizado. Entre la documentación hay también otros dos informes, de Sta. Cruz y del propio Bruti. Sta. Cruz formula varias peticiones económicas para sí, para su hermano Juan Antonio (que también lleva siete años de servicio al rey) y, sobre todo, para dotar a una hija suya, a la que ha casado con el truchimán del embajador alemán en Constantinopla para tener más noticias que transmitir. En el otro informe Bruti ofrece algunas aclaraciones al plan de Mehmed Bajá para hacerse con Argel. Dice que para conseguirlo quiere unirse con Muley Abdel Malek⁴³ (al que promete someter

⁴¹ La riqueza del gran visir, amasada con las aportaciones de los aspirantes a cargos públicos, era notoria. BRAUDEL, *El Mediterráneo*, vol. II, p. 51, cita los testimonios del veneciano Garzoni y de Stephan Gerlach en su *Tagebuch*.

⁴² FLORISTÁN, Felipe II, p. 162.

⁴³ Muley Abdel Malek (Mawlāy ‘Abd al-Malik), sultán de Marruecos (1576–78), de la dinastía jerife de los saadíes (sa’dides) que hace su aparición en la historia de este país a comienzos del s. XVI y, tras unificar el norte (Fez) y el sur (Marrakech), reina

a España) para poder hacer frente en mejores condiciones al sultán. Ofrece, además, dar el gobierno de una fortaleza dentro de Argel como muestra de sumisión. Si la resistencia fuera imposible, pide al rey que le acepte con su casa y bienes en alguno de sus reinos, con licencia para vivir bajo su ley, pues es turco de nacimiento y no renegado, como se hacía en Sicilia con el rey de Túnez⁴⁴.

El otro asunto que Bruti planteó en Madrid, a petición de Sta. Cruz como hemos visto, fue el establecimiento de un itinerario nuevo para el envío de avisos desde y hacia levante. Los motivos aducidos por los agentes de Constantinopla para el cambio, según afirma Bruti en un informe, son dos: por un lado, que los correos griegos y albaneses se entretenían demasiado tiempo en la Puerta después de contactar con ellos; por otro, que el gran visir había puesto guardias en los pasos de Corfú. Así, pues, la vía más segura en ese momento era la de Budua, Cattaro y Ragusa (Budva, Kotor y Dubrovnik), en Montenegro y confines de Croacia-Herzegovina. Las noticias de una y otra parte serían llevadas por emisarios de nación eslava que no entrarían en la capital, sino que se quedarían a 18 millas en casa de un clérigo que las transmitiría a los agentes. Bruti recomienda que se ponga en las tres ciudades mencionadas a un natural del país con un entretenimiento para canalizar las noticias, y que se tengan fragatas para llevarlas a Manfredonia (Apulia) u otro lugar de Italia, en donde deberá haber otra persona que las reciba. Por último, pide que se pague con puntualidad a los agentes, ya que el pago irregular en el pasado ha obligado a los correos a andar trayendo y llevando memoriales de partes para reclamar los atrasos.

§ 9. Sobre la propuesta de Mehmed Bey conservamos dos informes. El primero es de Giovanni Margliani y contiene una serie de apuntamientos que Felipe II aceptó íntegramente, según consta al margen la conformidad de su puño y letra.

desde mediados de ese siglo hasta ca. 1659. Al unificador y primer sultán importante de la dinastía Muley Mohammed (Mawlāy Maḥammad), muerto en 1557, le sucedió su hijo Muley Abdalá (Mawlāy ‘Abd Allāh al-Ghālib bi-llāh), que continuó la política antiturca de su padre. Esto hizo que tres hermanos suyos buscaran refugio en Argel, de los que dos pasaron a Constantinopla a servir al sultán. Muley Abdalá mantuvo unas relaciones pacíficas con España. A su muerte en 1574 le sucedió su hijo Muley Mohammed (Mawlāy Maḥammad al-Motawakkil), pero uno de sus tíos refugiados en Constantinopla, Muley Abdel Malek, le quitó en 1576 el trono con el apoyo de Ramdán, lugarteniente de Uluç Alí en Argel (una copia de la orden del sultán a Ramdán para que le preste ayuda en esta empresa está en AGS E1071 F203). Tras la derrota buscó el apoyo de los reyes cristianos y lo encontró en D. Sebastián de Portugal, que organizó la infortunada expedición que terminó el 4 de agosto de 1578 con el desastre de Alcazarquivir (Al-Ksar al-Kebir) o “batalla de los tres reyes”, porque en ella murieron D. Sebastián, Abdel Malek y Muley Mohammed. Cf. *Encyclopédie de l’Islam*, vol. VIII Leiden 1995, s. v. Sa’dides, y vol. VI Leiden-Paris 1991, s. v. Mawlāy Maḥammad al-Shaykh.

⁴⁴ Muley Hamida (Mawlāy al-Aḥmad, 1543–69), de la dinastía de los hafsíes, al que Uluç Alí expulsó en 1569 tras apoderarse de la ciudad. Tras la conquista pasó a vivir en Sicilia bajo protección española. Cf. *Encyclopédie de l’Islam*, vol. III Leiden 1971, s. v. ḥafṣides.

Los Prolegómenos de la Tregua Hispano-Turca de 1578

Margliani recuerda que cuando Mehmed sea dueño de Argel no deberá prestar apoyo a los corsarios y sí a los barcos del rey y sus súbditos, ni armar galeras en contra de España (a esto el rey añade que quizás sería mejor que ni las tuviera). Por lo que respecta a la plaza que ofrece entregar, deberá dejarla a elección del rey y permitirle mejorarla e introducir el presidio que considere oportuno. Finalmente, deberá recordársele la obligación de dejar en libertad a los cristianos cautivos que haya en la ciudad a cambio de una cantidad por cada uno.

El autor del segundo, Francisco de Ibarra, encarece la conveniencia del negocio por varios motivos: la desaparición de los corsarios de Argel, el freno que suponría para el rey de Francia y algunos príncipes italianos y la imposibilidad de que en el futuro el sultán venga al Mediterráneo occidental en daño de los reinos españoles. Recomienda que Mehmed entregue todas las fortalezas del interior de la muralla de Argel, a lo que el rey puntualiza, al margen, que mejor sería derribarlas todas excepto una o dos que conviniese conservar. Recuerda que Mehmed deberá comprometerse en el mantenimiento de los soldados de presidio, porque no es de esperar que tenga el apoyo de la población argelina una vez rebelado. El rey corrige también este punto y considera más conveniente derribar los fuertes que él no vaya a tener. Ibarra da tres consejos más, que son aceptados sin modificación: que Mehmed se comprometa a pagar unas parias en señal de vasallaje, que se firmen pronto las capitulaciones si se aceptan las condiciones y que se despache a Bruti con mil ducados y un entretenimiento mensual de treinta. Subraya finalmente la conveniencia de no encaminar el negocio a través del virrey de Nápoles visto su comportamiento con Bruti, sino directamente por medio de Margliani. A éste se le podría dar el cargo de castellano de Tarento, para encauzar desde allí toda la correspondencia a través de Sancho de Zorroza. También a este punto el rey da su conformidad, aunque manifiesta sus dudas de que el virrey todavía no haya hecho provisión de la plaza.

§ 10. La consulta del Consejo de Estado sobre el negocio de Bruti tiene fecha del 10 de mayo de 1577. La deuda económica con Sta. Cruz y demás agentes es remitida a Nápoles para su examen, con la recomendación de que se satisfaga. Aconseja, además, darle 500 ducados para la dote de su hija. La propuesta de una nueva vía para los correos se remite también al virrey para su estudio. La salida de Bruti, sin embargo, se retrasó unos días debido a un acceso de fiebre. Con carta del 10 de junio el rey pide a Mondéjar que se informe bien y decida lo que le parezca más conveniente en el asunto de la nueva vía para la correspondencia, que abone a los agentes de la Puerta los atrasos que se les adeudan y les pague en adelante su entretenimiento con puntualidad, y que averigüe si es cierto que cobraban, como afirman, una cantidad adicional de mil ducados anuales de ayuda de costa desde el virreinato del duque de Alcalá (1559–1571), que ahora reclaman, y que se la pague de ser así. Le recuerda, no obstante, que en algunas relaciones del reparto del dinero de la armada consta que se adelantaron a Sta. Cruz y sus amigos diversas cantidades a cuenta, que habrá que restarles de su salario. En otra carta le ordena que envíe 500 ducados para la dote de la hija de Sta. Cruz tan pronto haya algún fondo disponible, ordinario o extraordinario. A

Bruti se le asigna una paga de 400 escudos anuales en Nápoles con obligación de residir en Constantinopla para enviar avisos, según consta en dos cartas de la misma fecha. En otras dos minutas se fija esa cantidad en 30 escudos pagaderos el primero de cada mes⁴⁵.

La respuesta de Felipe II a Mehmed está asimismo fechada el 10 de junio de ese año. Le comunica la recepción de su carta y le transmite la satisfacción que le produjo su ofrecimiento, agradece su buena voluntad y le promete protección si lleva a cabo su proyecto o, en caso de fracaso, licencia para venir a residir en sus reinos sin tener que abandonar sus ritos y costumbres. Un informe con la respuesta oral que Bruti llevaba ofrece otros pormenores sobre el negocio. Mehmed debería entregar al rey todas las fortalezas del país y contribuir económicamente a derribar unas y reconstruir otras, todo para su seguridad. Cuando estuviera en posesión de Argel tendría que retribuir de su dinero a los soldados del rey que empleara para extender sus dominios. Finalmente, debería pagar unas parias al soberano español como lo hacían los reyes de Túnez al emperador Carlos. Una vez realizada la empresa podría añadirse o quitarse al tratado lo que ambas partes estimaran oportuno. En definitiva, las propuestas de Francisco de Ibarra con las puntualizaciones del propio monarca fueron la base del acuerdo adoptado. No hubo excesivas discusiones ni dilaciones, ya que Felipe II, en realidad, nada arriesgaba en el intento: tan sólo se comprometía a poner hombres de guerra (a los que ni siquiera pagaría la soldada) una vez que Mehmed se hubiera apoderado de Argel⁴⁶.

§ 11. Diez días después de redactada esta respuesta Giovanni Margliani, al que se ordenó viajar con Bruti, dirige al rey unos apuntamientos llenos de prudencia y buen juicio. En su opinión Mehmed, hombre de una cierta importancia en la Puerta, ya conocerá las gestiones de Acuña para alcanzar una tregua (cf. § 13ss), por lo que cree conveniente que Bruti le hable de ellas, ya que de no hacerlo podría sospechar de sus intenciones. Podría decirsele que el deseo del monarca español al negociar la tregua es, precisamente, tener confiado al sultán y así poder realizar más fácilmente el proyecto de Argel. También podría decirsele que el rey buscaba una tregua cuando envió a Acuña a Constantinopla, pero que luego abandonó la idea al llegar Bruti con los ofrecimientos de Mehmed. El mismo día Margliani escribe a Pérez y le transmite su temor de que una suspensión de armas no traiga más que problemas y ningún beneficio. La tregua supondría, en su opinión, una merma de la gloria del rey, un motivo de inquietud para los estados cristianos que están bajo su protección, el desaliento de los súbditos cristianos de la Puerta que tienen su esperanza puesta en él y un riesgo evidente de perder los beneficios eclesiásticos concedidos por Roma para la guerra contra-turca. Margliani sospecha que el sultán puede aprovechar la tregua para atacar Corfú y amenazar Nápoles desde esta isla, lo que obligaría al rey a firmar otra tregua, en este caso en situación de franca desventaja. En fin, la suspensión de

⁴⁵ AGS E159 ff. 235–237; E1074 F190; E159 ff. 271–272; E1074 ff. 189–190.

⁴⁶ AGS E159 ff. 264–265.

armas abriría el comercio en el Mediterráneo, y con él quedarían de manifiesto las discordias entre los estados cristianos, con el consiguiente grave perjuicio para la cristiandad⁴⁷. Parece, pues, que el mismo Margliani al que pocos días después se encargó la gestión de la tregua (cf. *infra* § 19) no encontraba argumentos convincentes en su favor y sí toda una serie de desventajas. En un papel de advertimientos dirigido a él, sin fecha pero probablemente en respuesta a estas objeciones, se recuerda que la propuesta de Bruti ya tenía una respuesta positiva cuando llegó Acuña con la de la tregua. En opinión del rey ambos asuntos son perfectamente compatibles, es más, la suspensión de armas no sólo no embaraza la toma de Argel sino que la facilita, y así se ordena a Bruti y Margliani que se lo hagan ver a Mehmed. Deben encarecerle, asimismo, la necesidad de que ambos negocios permanezcan en secreto, porque si se hicieran públicos no se alcanzaría ni el uno ni el otro, con grave peligro para los que han intervenido en ellos⁴⁸.

§ 12. Bruti y Margliani aún tardaron un tiempo en salir de Madrid. El 24 de junio el rey escribió a Mondéjar lo que parece su carta de remisión. En ella le informa de la propuesta de Mehmed y le comunica su decisión de aceptarla, para lo que envía a Bruti con Margliani, al que ha escogido por su experiencia en los asuntos de levante. Le ordena que les entregue con la mayor discreción 12.000 escudos de oro y que los despida cuanto antes con todo lo necesario para el viaje. Con otra cédula ordena a Mondéjar que señale a Margliani un entretenimiento anual de 400 ducados, además de los 2.000 de ayuda de costa que ya se le han librado entre Madrid y Milán. Por su experiencia de la guerra el rey le ordena que lo ocupe en una de las fortificaciones de Tarento o Brindisi o, si ya están ocupadas, que las visite y redacte un memorial sobre su estado⁴⁹.

Mondéjar contesta a todas las cartas de junio y julio sobre el negocio de Bruti con dos suyas del 20 de octubre. En una promete cumplir lo que se le ha ordenado sobre Margliani cuando regrese de Constantinopla. En la otra da respuesta a los asuntos de Bruti: la nueva vía para el envío de las noticias parece adecuada y se pondrá en marcha; se están investigando los atrasos reclamados por Sta. Cruz y demás agentes; sobre la ayuda de costa de mil ducados anuales, se compromete a escucharlos y hacerles justicia; finalmente, comunica el cumplimiento de los restantes pagos que se le han ordenado, los 500 ducados de dote para la hija de Sta. Cruz y los 400 escudos anuales de paga de Bruti⁵⁰.

§ 13. Hemos visto cómo Bruti se cruzó con Martín de Acuña a finales de 1576 en Nápoles (cf. § 7). El negocio que éste llevaba a Constantinopla era de naturaleza ofensiva, pero por azar derivó en la negociación de una suspensión de armas entre Murad III y Felipe II⁵¹. De Acuña sabemos que cayó prisionero en Túnez

⁴⁷ AGS E159 SF y F30.

⁴⁸ AGS E159 F252.

⁴⁹ AGS E159 ff. 257 y 234.

⁵⁰ AGS E1074 ff. 56–57.

⁵¹ Ya en 1558–59 el rey había buscado una paz con la Puerta por 10 ó 15 años a través de Nicolo Secco y Francisco de Franchi, pero se echó atrás después de la firma de la paz de Cateau-Cambrésis, cf. BRAUDEL, *El Mediterráneo*, vol. II, pp. 424–6. En

en 1574, que estuvo cautivo en Constantinopla y que tras su liberación viajó a Madrid a ofrecerse para algún servicio señalado contra la Puerta⁵². Pareció bien al rey dejarle que lo intentase, por lo que le entregó unas cartas, fechadas en El Escorial el 18 de agosto de 1576 según el testimonio de Bruti, que las vio en Nápoles. Nada he podido hallar de esa fecha, pero sí otra documentación del 28 de agosto de 1578 que, creo, debe de estar erróneamente datada. En una carta de ese día el rey informa a Mondéjar de la propuesta de D. Martín de quemar la armada y arsenal turcos y le pide que escuche su plan y, si lo considera oportuno, le provea de lo necesario. Con él envía a un experto en fuegos de artificio elegido por el propio Acuña, Baltasar de Herrera, al que el virrey deberá añadir los entretenidos de Nápoles que necesite. Acuña fue con una paga de 40 escudos mensuales y una ayuda de costa de 500, 200 librados en Madrid y los restantes pagaderos en Nápoles, y llevó consigo cuatro cartas para otros tantos renegados constantinopolitanos que habían mostrado su deseo de regresar a la fe cristiana haciendo algún servicio de importancia. En ellas el rey les exhorta a seguir adelante con sus planes y les promete remuneración por sus servicios. Llevó asimismo una carta de la misma fecha para “el gran judío”, en la que le agradece su buena voluntad y afición a su servicio y le promete recompensa por todo lo que haga⁵³.

el AGS E485 se conservan las instrucciones recibidas por Secco y abundante documentación que, hasta donde alcanza mi información, aún espera un análisis detallado. BRAUDEL, *ibidem* 668–70, reconstruye brevemente la negociación de Acuña en Constantinopla.

⁵² F. RUANO PRIETO, Don Martín de Acuña, *Revista contemporánea* 114 (Madrid, abril-junio 1899), 82–94 y 166–191, reconstruyó su vida a través de un manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid. Nacido, al parecer, en Valladolid ca.1544, cursó en Alcalá estudios de latinidad, artes y teología. A los 20 años abrazó la carrera militar y se marchó a Flandes. Años después cayó en Túnez prisionero de Uluç Alí y fue llevado a Constantinopla. Allí fue esclavo del sultán Murad III (1574–95), que intentó en vano convertirlo al islam. Ejerció para él actividades de espionaje en la guerra turco-persa que comenzó en 1578 y, años después, contra España. Delató, al parecer, a un bajá llamado Osmán que estaba al servicio de Felipe II, por lo que éste fue ejecutado o, según otra versión, huyó a España y acusó de traición a Acuña, lo que le valió su condena y ejecución. F. BRAUDEL, La mort de Martín de Acuña, en: *Mélanges offerts a M. Bataillon [=Bulletin hispanique* 64 bis]. edd. M. CHEVALIER/R. RICARD/N. SALOMON. Bordeaux 1962, 3–18, publica una interesante carta del P. Cristóbal de Collantes, su confesor de última hora, con información sobre los días finales de su vida.

⁵³ AGS E159 ff. 275–277. Se trata del rabí Salomón ben Natán Ashkenazi (ca. 1520–1602), médico y diplomático nacido en Udine de una familia de origen alemán, como indica su apellido. Estudió medicina en Padua y fue médico de Segismundo II de Polonia en la corte de Cracovia. En 1564 se estableció en Constantinopla. Durante la guerra de Chipre sirvió de intermediario al baile Marcantonio Barbaro (1568–73) ante Mehmed Sokollu en las conversaciones que condujeron a la paz turco-veneciana del 7 de marzo de 1573, cf. su relación en ALBERI, *Relazioni*, vol. XV Firenze 1863, 387–415. En junio de 1574, aprovechando su estancia en Venecia para negociar el intercambio de los prisioneros capturados en Famagusta, ofreció la alianza de la

Los Prolegómenos de la Tregua Hispano-Turca de 1578

Acuña salió hacia Nápoles en los meses finales de ese año. Allí se encontró el 18 de diciembre con Bruti, como ya hemos visto. Por una carta suya al rey, fechada en Brindisi el 3 de enero de 1577, conocemos más detalles del encuentro. Acuña conocía a Bruti de Constantinopla, en donde éste le había ofrecido sus servicios y compañía si alguna vez tenía que atravesar la Morea. Al encontrarse ahora en Nápoles, Acuña propuso a Bruti que lo acompañara y éste le contestó que lo haría por 30 escudos mensuales. El virrey Mondéjar se comprometió a darle esa paga, por lo que Acuña decidió revelar parcialmente a Bruti el negocio que llevaba. Tras conocerlo, éste cambió de opinión y rechazó acompañarlo, aduciendo como motivos que la estación ya estaba avanzada, que se habían tenido algunas noticias de una ruptura entre turcos y venecianos y que las galeras ya estaban en el agua y habían sido entregadas a sus capitanes. Por todo ello Bruti recomendó a Acuña que aplazara el proyecto para el año siguiente. Éste, sin embargo, no se dejó convencer tan fácilmente e intentó rebatir los pretextos aducidos: por lo que hacía al tiempo, no entendía por qué cinco o seis días antes tenía prisa por partir y luego cambiaba de opinión; respecto a la botadura de los barcos, que ésta no tenía lugar hasta abril, lo que les daba un plazo de tres meses para actuar. Rechazados sus argumentos, a Bruti no le quedó más remedio que hacer partícipe a Acuña, de forma velada, del negocio que traía de levante: la carta que Avellán llevó para Murâd Agâ, la propuesta que ahora hacía otro turco relevante de efectuar una empresa señalada en beneficio del rey de España, etc., por lo que no se atrevía -así se lo aseguró a Acuña- a regresar a Constantinopla sin haber cumplido su misión. Con posterioridad Bruti se reunió con Mondéjar, que le pidió el nombre del autor de la propuesta. Nada dice Acuña de los malos tratos del virrey denunciados por Bruti ni de su encarcelamiento, es más, según él Bruti le habría enseñado voluntariamente los papeles que confirmaban su relato. Finalmente, como hemos visto, Bruti y Acuña siguieron direcciones opuestas: aquél emprendió viaje a Madrid y éste, tras recibir 3000 escudos de oro el 26 de diciembre, salió hacia Constantinopla convencido de poder aún llegar a tiempo para evitar la salida de la armada turca. De no ser así, manifiesta su intención de quedarse allí seis meses, para no tropezar con los mismos inconvenientes el año siguiente⁵⁴.

§ 14. El 11 de enero Acuña está en Lecce, desde donde escribe al rey el 16 comunicándole su intención de embarcar en Otranto al día siguiente y llegar a

Puerta para una hipotética guerra contra España, que el dux y el senado rechazaron. En los años siguientes intervino en la negociación de la tregua firmada con España en 1578 (cf. § 23), y ese mismo año aconsejó también al duque de Toscana cuando quiso reanudar las relaciones diplomáticas con Turquía. Cf. *The Jewish Encyclopedia*, vol. II New York-London 1902, y *Encyclopaedia Judaica*, vol. III Jerusalem 1971, s.v. Ashkenazi, Solomon ben Nathan, y K. M. SETTON, *The Papacy*, vol. IV, 1089 n.167, 1092, 1096. Parece evidente que los planes de sabotaje de estos documentos no pueden ser del verano de 1578, cuando ya se había alcanzado el acuerdo y Felipe II se disponía a enviar a la Puerta a Juan de Rocafull a ratificarlo (cf. § 30).

⁵⁴ AGS E1074 F104.

Constantinopla para el 12 de febrero. Sobre el asunto de Bruti se muestra convencido de que quien lo ha enviado no puede ser otro que el Mehmed Bajá que estuvo preso en Roma (cf. § 8). De ser así, Acuña cree que cumplirá lo prometido y se ofrece a facilitarle la tarea. El 23 de ese mes escribe todavía desde Otranto anunciando su embarque hacia Botrinto (Βουθρωτόν) para seguir de allí camino de Constantinopla. Además de los que salieron con él de Nápoles, dice haber tomado como acompañante a un “calóyero” griego, hombre de confianza, por ser estos religiosos muy respetados por los turcos y otras naciones. Se lo había presentado en Otranto Pedro Lantzas, encargado del servicio de quienes iban y venían de oriente, al que dedica un caluroso elogio por haber enderezado un servicio que antes no funcionaba bien⁵⁵. Da también algunos detalles del plan que ha concebido. Pedirá a uno de los agentes constantinopolitanos que compre un caramuzal por valor de 200 ducados y lo fondee frente al arsenal. Luego comprará estopa, pez, resina, salitre, azufre, pólvora, etc., para fabricar dentro los fuegos de artificio. Para esta labor llevaba tres artificieros, de los que uno cayó enfermo, por lo que anuncia que hará el viaje con los otros dos, en los que tiene gran confianza, sobre todo en uno llamado Juan Antonio Espada. En fin, una vez cumplida su misión dice que permanecerá ocho o diez días en Constantinopla y luego regresará por el mismo camino con el religioso, o por Ragusa si la vía meridional está vigilada⁵⁶.

§ 15. Del 27 de enero es una nueva carta, cuando Acuña ya lleva dos jornadas en territorio turco. En ella comunica que, salvo un pequeño incidente fronterizo habido nada más desembarcar con una patrulla de 15 caballos, de los que tuvo que huir precipitadamente, toda la región está muy sosegada. Destaca el descuido y engaño con que se sirve al rey en la zona, de lo que promete dará cuenta de palabra cuando regrese, y recomienda retener a Bruti hasta su regreso, por algunas mentiras y malos tratos suyos de los que ha tenido noticia. En otra carta de cuatro días después afirma estar a doce jornadas de Constantinopla y que el viaje transcurre con normalidad, a pesar de la nieve, agua y aspereza de los caminos. En este lugar Acuña se encontró con Mateo Papajuan, noble epirota mezclado en las propuestas de Joaquín de Acrida a D. Juan de Austria⁵⁷.

A pesar de la buena acogida que Mondéjar había dispensado a Acuña en Nápoles, su opinión sobre el negocio que llevaba era negativa, y así se lo manifiesta al rey en carta del 19 de diciembre de 1576. En su respuesta del 12 de febrero éste reconoce que en la corte se había tenido la misma impresión, pero que pareció bien enviarlo por no entrañar riesgo alguno. Sin embargo, nada pudo hacer

⁵⁵ Sobre Lantzas, cf. M. Th. LASCARIS, Πέτρος Λάντζας, διοικητής της Πάργας (1573) καὶ ὄργανον τῶν Ἰσπανῶν ἐν Ἠπειρῶ (1596–1608), en: Ἀφιέρωμα εἰς τὴν Ἠπειρὸν εἰς μνήμην X. Σουλῆ, Atenas 1956, 103–118, 237–253. K. D. MERTZIOS, Μία ἄγνωστος περιπέτεια τῆς Πάργας καὶ ὁ κερκυραῖος Πέτρος Λάντζας, Ἠπειρωτικὴ Ἑστία 9 (1960), 889–892.

⁵⁶ AGS E1074 ff. 105–106.

⁵⁷ AGS E1074 ff. 107–108. Cf. J. M. FLORISTÁN, Felipe II, p. 175ss.

Los Prolegómenos de la Tregua Hispano-Turca de 1578

Acuña de lo que tenía previsto. Llegó a la Puerta el 24 de febrero, según información de Aurelio de Sta. Cruz en carta del 21 de marzo. Cuando ya estaba preparado para entrar en acción algunos de sus hombres cayeron prisioneros, lo que puso en grave peligro no sólo sus proyectos, sino también su propia vida, que sólo la rápida intervención de los amigos de Constantinopla pudo conjurar. El informe presentado por el propio Acuña a su regreso ofrece una versión de los hechos algo distinta. Afirma que el motivo de su viaje era ya conocido cuando llegó y que por ello detuvieron a tres de sus acompañantes. Ante el temor de una confesión bajo tormento mandó llamar a Hurrem Bey y le pidió una entrevista con el gran visir. Durante la misma le dijo que había ido a rescatar a unos deudos suyos y le pidió la libertad de los detenidos. Habría sido entonces cuando Mehmed Sokollu le habló de la posibilidad de que España y la Puerta firmaran una tregua y le dio un plazo de diez meses para llevarle una respuesta, tiempo durante el que le aseguró que no saldría la armada turca. En una relación anónima, quizás del propio Acuña o de alguno de sus acompañantes, leemos que dos horas antes del amanecer del 5 de marzo se prendió un galeón a la entrada del atarazanal y que el fuego saltó a diversas embarcaciones vecinas hasta un total de dieciséis. El incendio duró hasta las nueve de la mañana y se culpó del mismo a los calafateadores alemanes. Éstos rechazaron las imputaciones y el asunto no pasó a más. La relación termina diciendo que se habían reunido más de 350 barcos para atacar Corfú y que se habían reclutado más de 100.000 tártaros para desembarcarlos en la Apulia, pero que en el momento de su redacción se decía que no saldría armada ese año y que las guardias ordinarias no pasarían de Modón⁵⁸.

§ 16. La estancia de Acuña en Constantinopla fue breve. Por cartas de la Puerta del 2 y 6 de abril, cuyo contenido transmitió a Mondéjar un informador anónimo desde Venecia el 4 de mayo, se supo que Acuña, después de haber sido muy bien tratado, había partido con tres chaucos hacia la marina de Corfú. En las cartas se decía que había intentado alcanzar una tregua para toda la cristiandad y que, al no poder aceptarla sin autorización, había decidido regresar. El 18 de abril Mondéjar comunica su presencia en Otranto y el 27 en Nápoles, de donde se disponía a salir hacia Madrid después de haber dado cuenta al virrey de sus gestiones⁵⁹.

Tras su partida, el 30 de abril y 2 de mayo Mondéjar expone en sendas cartas al rey y a Antonio Pérez algunos detalles de la actuación de Acuña y su opinión sobre la firma de la tregua. En la primera pasa revista a los pros y contras que ésta tendría. Los perjuicios se resumen en la pérdida de reputación que supone entablar conversaciones con “infieles”, las dificultades que se encontrarían para volver a reunir la armada después de la tregua, a diferencia de lo que le ocurre al sultán, la pérdida de los beneficios eclesiásticos y, finalmente, que los príncipes

⁵⁸ AGS E1074 ff. 138, 6; E159 F282; E1074 F102. Es posible que el incendio de las atarazanas fuera obra de alguno de los compañeros de Acuña, pero en ningún sitio he encontrado que éste lo reivindicara.

⁵⁹ AGS E1074 ff. 22 y 18.

que tienen galeras a sueldo de la corona podrían ofrecérselas a otros, lo que dificultaría su recuperación en caso de una nueva ruptura de las hostilidades. Las consideraciones positivas, por otra parte, no son de menor entidad: la tregua supondría un alivio para la hacienda real y daría ocasión para fortificar algunas plazas, construir galeras y atarazanas y proveerse de lo necesario, no sólo para la defensa, sino incluso para acciones ofensivas; por lo que respecta a los subsidios de guerra, no es de temer que los súbditos del rey dejen de pagarlos, ni tampoco el papa cuando vea el fin para el que se firma la tregua; tampoco debe temerse que los príncipes italianos arrienden sus galeras a otro rey, porque no habrá quien las coja, y en caso de que las desarmaran volverían a equiparlas inmediatamente cuando se les pidiera. Mondéjar recuerda en la posdata la importancia de incluir Corfú en la tregua, ya que la presencia turca en esta isla sería incluso más peligrosa que la posesión de una fortaleza en Nápoles, y quizás sea ése el objetivo que se persigue con la suspensión de armas.

A Pérez, Mondéjar le comunica que las propuestas traídas por Acuña, a pesar de la instancia que éste le hizo para que las guardara en secreto, se hicieron públicas en Nápoles al día siguiente de su llegada, no sabe si por su culpa o por la de sus compañeros. Afirma que Acuña es uno de los españoles más desacreditados en Italia y manifiesta su convencimiento de que la propuesta que lleva no nació del gran visir sino de él mismo, que le dio la carta que llevaba para Salomón ben Natán acomodándole los términos. Por lo que respecta al dinero, si antes del viaje le entregó 3000 de los 5000 ducados que le pedía, como no le ha presentado una justificación de sus gastos, ahora sólo le ha librado los cuatro meses atrasados de su paga y un adelanto de la misma por otros seis⁶⁰.

§ 17. A su llegada a Madrid Acuña presentó una carta del gran visir para el rey y un memorial de las conversaciones mantenidas con él. Además, de sus informes orales se sacaron varias relaciones y consultas, por lo que el detalle del negocio nos es bien conocido⁶¹. La carta del visir está redactada en términos genéricos: informa al rey de la recepción de la suya (la de Salomón Ashkenazi), se remite a Acuña para el negocio del que han tratado y pide la respuesta a través de él o de otro servidor suyo. En otra carta de tenor semejante, al parecer enviada tras la partida de Acuña, el visir expresa su esperanza de que los términos de la paz ofrecidos por Acuña sean verdaderos y pide que se envíe un embajador de entidad, no sólo para pactar la tregua, sino también para atender allí a los negocios e intereses de los súbditos españoles, como hacen otros países⁶². Finalmente, del día 15 de la luna de "Rabius" del año 985⁶³ es una tercera carta en la que manifiesta su extrañeza por las noticias que ha tenido del proyecto español para

⁶⁰ AGS E1074 ff. 20–21.

⁶¹ Toda la documentación se conserva en AGS E1074 ff. 99–101 y 103; E159 ff. 282, 283–285 y 287.

⁶² AGS E928 F117.

⁶³ El 2 de junio de 1577, si es el mes Rabī'I, o el 2 de julio, si es el Rabī'II (tercer y cuarto mes del calendario musulmán). El año 985 de la hégira va desde el 21.III.1577 al 9.III.1578.

Los Prolegómenos de la Tregua Hispano-Turca de 1578

atacar Argel, Fez y Marruecos, territorios incluidos en la propuesta de paz. Mehmed afirma haber recibido una carta de Felipe II, pero ahora le insta a escribir directamente al sultán⁶⁴.

El memorial de Acuña contiene las advertencias que le hizo el visir en sus entrevistas entre los días 15 y 27 de marzo, día de su salida de la Puerta. En los primeros contactos quiso asustarle magnificando los preparativos turcos y la grave amenaza que se cernía sobre su rey. Le enseñó una carta de los duques de Sajonia al sultán en la que le instaban a presionar al emperador Rodolfo para que se casara con una princesa de su casa y no con una hija de Felipe II⁶⁵. En contrapartida ofrecían disensiones perpetuas en Flandes, ataques por mar de la reina de Inglaterra en las Indias y la hostilidad de Francia. Una petición semejante habían hecho también la reina madre de Francia y monsieur de Alençon⁶⁶ en sendas cartas suyas, así como de palabra David von Ungnad, embajador ante la Puerta del fallecido emperador Maximiliano II. Además, el bajá enseñó a Acuña los decretos firmados en las últimas tres sesiones del diván, celebradas entre los días 1 de febrero y 15 de marzo, en los que se ordenaba a toda la gente de guerra y a los bajás de Morea, Grecia, Delvino, Valona, etc., concentrarse en las llanuras de Salónica y Yánina. Se querían echar al agua 330 galeras y otros barcos auxiliares, y desembarcar en la Apulia 100.000 tártaros, para impedir a Felipe II acudir en socorro del objetivo de esa armada, al parecer Corfú según anunciaban los rumores.

Tras dibujar tan sombrío panorama, Mehmed Sokollu pasó a tratar de la tregua. Ofreció la firma de una suspensión formal de armas cada seis años, que sería jurada por el sultán, el rey de España y sus primogénitos. Comprendería a los

⁶⁴ AGS E928 F116. Probablemente Mehmed se refiere a las gestiones del depuesto rey de Fez Muley Mohammed al-Motawakkil en España y Portugal para intentar recuperar su trono, *cf.* n. 43.

⁶⁵ Rodolfo II (1551–1612), emperador de Alemania (1576–1612), era hijo de Maximiliano II y María de Austria, hermana de Felipe II. Por su parte, Ana de Austria, hermana de Rodolfo, fue la cuarta esposa de Felipe II y madre de su sucesor Felipe III. En estos momentos, por tanto, Rodolfo era sobrino y cuñado del Rey Prudente. La propuesta del duque de Sajonia buscaba acercar al recién coronado emperador al bando luterano, lo que sin duda provocaría la alarma de su tío.

⁶⁶ Catalina de Médicis, esposa de Enrique II († 1559) y madre de los sucesivos reyes Francisco II (1559–60), Carlos IX (1560–74) y Enrique III (1574–98), desarrolló un papel fundamental en la política francesa durante los años de las luchas religiosas. Fue la principal instigadora de la matanza de S. Bartolomé. Francisco de Alençon (1554–84), cuarto hijo de Enrique II y Catalina, fue un personaje ambicioso y turbulento. Perteneció al partido de los “políticos”, católicos moderados que buscaron el acuerdo con los hugonotes en las guerras de religión. Por el tratado de Plessis le Tour (1580) los rebeldes flamencos le ofrecieron la dirección militar de su partido. Durante unos años (1582–84) fue reconocido soberano de los Países Bajos con los títulos de conde de Flandes y duque de Brabante, pero sus soldados se hicieron odiosos a la población, él mismo cometió atropellos contra las libertades de los flamencos y finalmente fue expulsado de Amberes (1584).

amigos y aliados de cada bando, en concreto al papa, Malta, Florencia, Saboya, Génova y Portugal por parte española. Los venecianos quedaban excluidos del ofrecimiento, porque tanto el sultán como otros turcos principales estaban muy mal dispuestos hacia ellos. Acuña manifestó que Corfú era cosa que tocaba al monarca español, a lo que el bajá le replicó que ya le gustaría que así fuera, porque en ese caso también sería señor de los territorios de la costa del Epiro. En caso de rechazo de una tregua formal, el bajá ofreció una suspensión encubierta de armas por dos años, con el compromiso de que evitaría cualquier daño a Corfú y otras regiones a cambio de una actitud recíproca por parte española. El sultán -le dijo a Acuña- prefería la firma de una paz hasta su muerte, pero se conformaba con una pequeña señal si Felipe II no quería ponerlo por escrito. En todo caso, Mehmed Sokollu pidió a Acuña una respuesta rápida y el envío de un embajador a Constantinopla sin necesidad de que ellos hicieran otro tanto, para no despertar recelos entre los turcos principales que eran contrarios a la suspensión. En prueba de buena voluntad y a pesar de la oposición de estos rivales suyos en la corte, Mehmed dejó en libertad a los compañeros de Acuña detenidos y anuló el orden dirigida a los corsarios de Argel para que dificultaran la navegación en el Mediterráneo occidental. Así, el 20 de marzo salió de Constantinopla el caíd Mehmed con dos galeotas para ordenar al rey de Túnez, a Ramdán de Argel y a Muley Malek de Marruecos que atendiesen tan sólo a la defensa de sus territorios.

§ 18. Las propuestas de Mehmed Sokollu fueron rápidamente analizadas en Madrid. En una consulta sin firma, probablemente de Antonio Pérez, se hacen las siguientes observaciones:

1. Parece más conveniente la suspensión formal de hostilidades por seis años con inclusión de Venecia, ya que si el sultán está realmente interesado en ella no dejará de firmarla porque se incluya a los venecianos, mientras que si lo hace para atacarlos el rey no debe consentirlo.

2. El papa comprenderá bien los motivos de la suspensión si se le da a entender que es para descanso y alivio de la cristiandad.

3. Si el rey rechaza la tregua formal, la disimulada puede hacerse sin más dilación y sin necesidad de informar de ella al papa, con el que más adelante se puede negociar la formal. Teniendo en cuenta, sin embargo, que el negocio es ya de dominio público, parece conveniente dárselo a conocer.

4. Conviene que Acuña escriba al bajá agradeciéndole su buena voluntad y comunicándole que se acepta la suspensión disimulada y que más adelante se negociará la otra. Conviene asimismo que salga hacia la Puerta cuanto antes, sin que lo detenga el virrey en Nápoles. Para el bajá se propone un regalo de cuatro o cinco mil ducados de oro y una paga anual de diez o doce mil escudos.

5. Se encarece la importancia del negocio, por la mala situación de Flandes. Los reyes de Francia e Inglaterra vacilarán antes de atacar si el rey queda libre de una ocupación tan grande. Además, es tanto el interés que el visir tiene puesto en él, que sería temerario provocar su indignación con una negativa.

6. Se recomienda que sea el propio Acuña el que regrese a la Puerta con la respuesta y que detrás de él vaya otro, que podría ser Margliani, para que aquél

sepa que no puede engañar al bajá. Eso sí, debe reprenderse a Acuña por su falta de discreción y advertirle que guarde mucho recato.

La consulta no ve contradicción entre las propuestas de Bruti y Acuña. De ser posible deben realizarse ambas, pero en caso de dificultad ha de anteponerse la segunda, por reportar mayores beneficios. Por ello propone que se informe a Margliani y Bruti sobre la negociación de la tregua, para que concierten con Mehmed Bey la entrega de Argel si ésta se rompe. Aunque viajen por separado, se recomienda que Acuña se reúna con Bruti y Margliani en Constantinopla para mejor resolver ambos negocios.

§ 19. La resolución finalmente adoptada se ajusta a esta consulta, con ligeras modificaciones. Se acepta la suspensión disimulada por dos o tres años con inclusión de Venecia y sin dar cuenta a Roma. Se decide que Acuña no regrese a Constantinopla y que sean Bruti y Margliani, que estaban a punto de partir por el asunto de Mehmed Bey (cf. *supra* § 11), los encargados de llevar la respuesta, cuyo contenido se acomoda a lo recomendado en la misma. El rey ordena que Margliani lleve diez o doce mil ducados de oro en dinero o créditos, no en telas u otros bienes, para regalar al bajá lo que crea conveniente, pero rechaza que se le señale un entretenimiento anual, sino que bastará con darle cada año una buena cantidad. De todo ello ordena dar parte al virrey de Nápoles, encargado de gestionar los pagos. Al rey tampoco le parece que los negocios de Acuña y Bruti se excluyan, por lo que el de éste deberá ser concertado hasta el final.

Antes de salir de Madrid se entregaron a Margliani dos memoriales, uno oficial que podría mostrar al bajá en caso de necesidad, por no contener instrucciones que pudieran poner su vida en peligro, otro de advertencias particulares. Del último hemos conservado dos versiones diferentes, una de ellas fechada, sin duda por error, el 24 de junio de 1578 en lugar de 1577. Veamos primero las advertencias particulares para luego pasar a las oficiales. Se le ordena que guarde el negocio con tanto secreto, que ni el propio virrey Mondéjar ni el duque de Sessa en Nápoles lleguen a conocer el verdadero objetivo de su viaje. Debe hacerles creer que acompaña a Bruti al negocio de Mehmed Bey, para lo que el rey les remitirá una carta de presentación y una cédula de pago en las que sólo se mencionará este asunto (cf. §§ 10–12). El virrey deberá creer que los 12.000 escudos son para lo de Mehmed Bey, cuando en realidad Margliani los empleará para el regalo del gran visir. Al llegar a la Puerta deberá ponerse en contacto con Aurelio de Sta. Cruz y Hurrem Bey, para que le informen de la situación antes de entrevistarse con el bajá. Como puede suponerse, estas últimas instrucciones no podían figurar en el memorial oficial, para no poner al descubierto los nombres de los principales agentes en Constantinopla si fuera necesario enseñárselo al visir.

§ 20. Sobre la tregua el rey ordena a Margliani lo que ya conocemos por otros papeles. Deberá ponderar la rapidez de la respuesta y excusar ante el bajá que no haya sido Acuña el encargado de llevarla por algunos inconvenientes surgidos. La modalidad aceptada es la disimulada por dos o tres años, para luego negociar otra solemne mientras los súbditos de uno y otro monarca disfrutaran ya de los beneficios de la paz. Se aceptará la fecha de inicio que establezcan Margliani y

el bajá sin necesidad de comunicados oficiales por una y otra parte, por lo que podrá comenzar sin más dilación. En reciprocidad con la orden del bajá a los beylerbeys de Argel, Túnez y Marruecos, Margliani le dirá que también el rey ha ordenado a sus capitanes y generales que atiendan exclusivamente a la defensa de sus reinos. Por lo que respecta a los comprendidos en la tregua, a pesar de las reticencias manifestadas por Sokollu sobre Venecia el rey ordena a Margliani tajantemente que sea incluida en ella, con el papa, el emperador y el rey de Portugal, para así evitar posibles roces y dar mayor seguridad y continuidad a la misma. En el memorial particular el rey insiste en la inclusión del emperador, aunque el visir diga que ya tienen con él una paz bilateral, y del rey de Portugal con sus posesiones de Africa y la India. Debe incluir también a los príncipes y potentados de Italia, es decir, Génova, Lucca, Saboya, Ferrara, Florencia, Mantua, Parma, Urbino, el señor de Piombino, Malta y todos los feudatarios del rey y del Imperio, a no ser que manifiesten una opinión contraria cuando se les consulte, ya que todavía no saben nada del asunto. El rey recuerda a Margliani que debe negociar todo en pie de igualdad con la Puerta. En los memoriales privados le insiste en que, al ser secreta la suspensión, para concertarla basta la palabra que se den las dos partes y una carta como la que Margliani lleva al bajá. No obstante, si el sultán quiere escribir personalmente para sellarla con mayor solemnidad, él se compromete a hacer otro tanto. En ese caso no sería necesario que viniera de Constantinopla un emisario especial, sino que bastaría con que Margliani trajera la carta del sultán. Finalmente, le ordena que, si el visir ha muerto cuando llegue a la Puerta, pregunte a Sta. Cruz y Hurrem Bey a quién debe acudir con la respuesta, pero sin revelarles el negocio. Para ello se entrega a Margliani el original y una copia de la carta del bajá traída por Acuña, para que las emplee como salvoconducto⁶⁷.

§ 21. El 24 de junio Felipe II firma sendas cartas para Sta. Cruz, Hurrem Bey, Bartolomé Bruti y Mehmed Bajá. A los dos primeros les agradece la buena voluntad mostrada en su servicio y les pide que apoyen y asistan a Margliani en todo lo que les pida. A Bruti le ordena que lo acompañe a Constantinopla y le favorezca en todo lo necesario. La carta del bajá, finalmente, contiene la respuesta oficial a sus propuestas, que se resume en los puntos que ya he analizado. De la misma fecha son un par de cartas a Mondéjar. En una le ordena pagar a Margliani, además de los 12.000 escudos de oro, otros 3.000 para el viaje, todo con el mayor secreto y rapidez posibles. En la otra le comunica su decisión primera de concederle el cargo de una de las fortificaciones principales del reino de Nápoles y, posteriormente, de enviarlo al negocio de Mehmed Bey, a pesar de lo cual también le ha dado la carta de las fortificaciones para que viaje con más disimulo. Precisamente ordena al virrey que cuando salga de allí lo haga so color de ir a visitarlas. Así, pues, Felipe II no sólo mantiene a Mondéjar en la ignorancia

⁶⁷ Los memoriales con las advertencias particulares están en AGS E159 ff. 248-251 y 290. El oficial, ibidem ff. 244-247.

del verdadero objetivo del viaje de Margliani, sino que incluso le hace creer que está en el secreto del mismo⁶⁸.

Del 12 de julio son una carta y una cédula al marqués de Ayamonte, gobernador de Milán, por donde debía pasar Margliani. El rey le ordena que le pague 2.000 escudos de ayuda de costa, la mitad este año y la otra el siguiente, además de los 400 de renta anual que tiene asignados en esa plaza⁶⁹. El 21 de ese mes un ministro del rey, quizás Pérez, escribe a Margliani, que aún está en España, y le comunica que el rey ya ha dado la orden de que se le entreguen 500 ducados para su viaje, por lo que espera que no se demore su partida. Sugiere que envíe la correspondencia desde la Puerta a través del veedor Sancho de Zorroza y le informa de los avisos que se habían tenido en Italia de que un chاوز había publicado la tregua en la Valona, para que ningún barco saliese en daño de los reinos de España. Le pide finalmente mucha discreción en Constantinopla en la gestión de la tregua, para que no se haga pública y sea empleada contra el sofí Ismael de Persia⁷⁰.

§ 22. Margliani y Bruti zarparon de Barcelona el 18 de agosto y llegaron a Génova el 28. Con carta del 5 de septiembre desde esta ciudad Margliani informó a Pérez de que habían tenido noticia de la llegada a Nápoles de Aurelio de Sta. Cruz con despachos que confirmaban lo ofrecido por el bajá a Acuña, y que Bruti le había escrito inmediatamente para que les esperara allí, adonde tenían pensado partir esa misma noche. Si Sta. Cruz no traía novedades, le pedirían -dice- que regresara con ellos a la Puerta, siempre que su compañía no pusiera en peligro el negocio, pero si traía alguna noticia de relieve tomarían la decisión que creyeran más acertada, sin revelar a nadie su misión. Cree que Sta. Cruz no pondrá reparos para acompañarlos a la Puerta, pero sospecha que quizás encontrará mayores dificultades por parte del virrey, que cree que viajan por lo de Mehmed Bey, con lo que nada tiene que ver lo traído ahora por Sta. Cruz. Es posible, por tanto, que el virrey se muestre reticente a darle el dinero, por lo que Margliani somete a la consideración de Pérez si no sería mejor darle cuenta del objetivo del viaje. Su sugerencia, sin embargo, fue rechazada y se le reiteró la orden inicial de que no revelara al virrey nada de la tregua y le dijera que viajaba por lo de Mehmed Bey⁷¹.

⁶⁸ AGS E159 ff. 253, 254, 259, 292 (=260) y SF.

⁶⁹ AGS E159 F274.

⁷⁰ AGS E159 F263. Monarcas persas como Ismael o Tahmasp habían tenido contactos esporádicos con el occidente cristiano en épocas anteriores para una política conjunta antiotomana, cf. J. M. FLORISTÁN, Correspondencia inédita de Macario de Heraclia-Pelagonia con Antonio Perrenot, cardenal de Granvela (1551), *Byzantion* 65 (1995), 495-527, p. 502ss. Sobre los contactos posteriores, no sólo con Persia sino también con Georgia, véase las monografías de L. GIL, Garcia de Silva y Figueroa. Epistolario diplomático. Cáceres 1989, y L. GIL/I. M. TABAGUA, Fuentes para la historia de Georgia en bibliotecas y archivos españoles. Madrid 1993.

⁷¹ AGS E159 ff. 266-269 y 270.

§ 23. Entre tanto, por cartas del 5, 13 y 14 de agosto Mondéjar había informado de la llegada de Sta. Cruz y remitido la documentación que trajo, pero a él no le había dejado pasar adelante. En su respuesta del 11 de septiembre el rey le ordenó que lo retuviera en Nápoles y guardara en secreto sus propuestas hasta tener noticias del éxito de la misión de Bruti y Margliani. Un mes después (17 de octubre) le pidió que, si no lo había hecho todavía, despachara a Margliani y Bruti sin más dilación, sin tomar en consideración la venida de Sta. Cruz. Mondéjar contestó con dos cartas del 20 de octubre. En una comunica que ha retenido a Sta. Cruz a pesar de sus deseos de pasar a Madrid, con la excusa de que podría hacer el pasaje con más comodidad en las galeras que zarparían poco después hacia España con D. Alvaro de Bazán⁷². Con todo, se muestra partidario de dejarle continuar el viaje, porque de no hacerlo podría enfadarse y escribir a Constantinopla informando de su situación, con el consiguiente peligro para el negocio de Margliani (que el virrey, recordemos, está convencido de que es el de Mehmed Bey). Por eso cree conveniente que el rey lo escuche en Madrid y lo entretenga con esperanzas de que se atenderán sus propuestas. Mondéjar envió la traducción de las cartas traídas por Sta. Cruz, pero los originales prefirió devolvérselos tras asegurarse de que eran de Mehmed Sokollu. Si finalmente el rey decidiera que Sta. Cruz no pasase a la corte, se muestra dispuesto a cogérselos si así se lo ordena⁷³.

En la otra carta da cuenta de su actuación en el asunto Margliani. Quiso despacharlo por vía de urgencia en dos o tres días, pero las dificultades que tuvo para reunir el dinero que debía entregarle retrasaron su salida. Finalmente, sólo pudo juntar 12.988 escudos de oro y le entregó el resto en reales castellanos hasta un total de 19.974, haciendo correr la voz de que juntaba dinero para mandárselo a Flandes a D. Juan. A pesar de sus esfuerzos por guardar en secreto estas gestiones, dice que la noticia llegó a oídos de Sta. Cruz, por cuyas manos había pasado el negocio de Mehmed Bey en Constantinopla. Mondéjar manifiesta sus sospechas de que Bruti y Sta. Cruz estén concertados para sacar algún provecho y, so color del negocio de Argel, intentar en realidad sacar adelante la tregua negociada por Sta. Cruz. Parece, pues, que el virrey de algún modo entreveía que el verdadero objetivo de tanto viaje era la suspensión de las hostilidades, pero pensaba que el engaño estaba en los emisarios, sin llegar a sospechar que el mismísimo rey estaba al tanto de todo y le mantenía en la más completa ignorancia. En cualquier caso, Mondejar se muestra convencido de que el nombramiento de Margliani para la misión es acertado por ser persona de fiar, no como los otros. Al final de la carta dice que su partida estaba prevista para el día siguiente. Por otra posterior del 8 de diciembre sabemos que zarparon de Brindisi en una fragata el 6 de noviembre y que, arrastrados por un temporal, llegaron a la Valona

⁷² Alvaro de Bazán (1526–88), primer marqués de Santa Cruz (1569–88). Fue capitán general de las galeras de Nápoles (1566–76) como asesor de D. Juan de Austria, junto al que luchó en Lepanto.

⁷³ AGS E1074 ff. 174, 179, 55.

Los Prolegómenos de la Tregua Hispano-Turca de 1578

dos días después. Allí fueron bien recibidos por los turcos y el 11 salieron en dirección a Constantinopla acompañados por un chاوز que les puso el sanjaco de la provincia⁷⁴.

La estancia y negociaciones de Margliani en Constantinopla han dejado abundante documentación de archivo, cuyo análisis excede los límites de este estudio. Me limito a reseñar los acuerdos que alcanzaron el 7 de febrero de 1578 él y el bajá, con la intervención mediadora del truchimán Hurrem Bey y del doctor Salomón ben Natán. El bajá se comprometía a escribir a Felipe II prometiéndole que ese año no saldría armada ofensiva, sino sólo defensiva, lo mismo que Margliani le había prometido de parte de su rey. El emperador y Venecia quedaron finalmente incluidos en la tregua, pero en el bando del sultán, y al rey de Portugal se le aseguraba inmunidad por Gibraltar, pero quedaba abierta la puerta a un ataque por el Mar Rojo. La tregua incluía, por parte española, a todos los príncipes menores de Italia propuestos y, en general, a todos los feudatarios italianos del Imperio y de España. Por parte otomana comprendía, junto al emperador y Venecia, a los reyes de Francia, Polonia y al señor de Fez, Muley Abdel Malek. Ambas partes se comprometieron a enviar un embajador para firmar las capitulaciones. La Puerta aceptó, como quería Felipe II, que no hubiera comercio entre ambos imperios, lo que habría supuesto el reconocimiento oficial de la existencia de la tregua⁷⁵.

§ 24. Aurelio de Sta. Cruz, como hemos visto, había llegado a Nápoles el verano de 1577 y allí permanecía retenido a últimos de octubre⁷⁶. Salió poco después y ya estaba en Madrid a finales de ese año, según se desprende de un memorial que acompaña a dos cartas suyas del 18 de junio de 1578 al rey y a Pérez, en el que afirma llevar seis meses en España. En las cartas recuerda que escribió al secretario nada más llegar y que éste le contestó que esperara a ser convocado. Se queja de que muchas personas, incluido un criado de Margliani recién llegado de Constantinopla, sean llamadas a El Escorial, residencia veraniega de la corte, y que a él no se le convoque. Pide al rey y a Pérez que lo escuchen antes de enviar un embajador oficial a Constantinopla, porque cree que no están del todo informados sobre un negocio que comenzó en sus manos y debería pasar por ellas hasta el final si se quiere que termine bien. El encargado de presentar las cartas en El Escorial fue Jerónimo Combis, que había viajado con él desde Nápoles⁷⁷.

⁷⁴ AGS E1074 ff. 50 y 80.

⁷⁵ AGS E159 F298. La abundante documentación que Margliani remitió desde la Puerta (cuyos pormenores, creo, están a falta de un estudio en profundidad) está conservada en los legajos 489–490, 1080 y 1082–84 de la sección de estado de Simancas. Las líneas generales de la negociación están en BRAUDEL, *El Mediterráneo*, vol. II, p. 670ss.

⁷⁶ Sta. Cruz viajó acompañado por Tabernes de Jacobo, que trajo un mensaje del patriarca ecuménico Jeremías II Trano, cf. FLORISTÁN, *Felipe II*, p. 179ss.

⁷⁷ AGS E159 ff. 299–300. Sobre Combis y su actividad cf. FLORISTÁN, *Fuentes*, *passim*, en especial vol. II, p. 617ss.

El memorial que acompañó a las cartas está lleno de amargas quejas por el trato recibido desde su llegada. Evoca sus veinte años de servicio al rey, que no le hacen merecedor del mismo, y llega a afirmar que de haberlo sabido no habría venido. Recuerda también que su intervención fue decisiva para que Acuña no llevara a término el propósito inicial de su viaje, que habría supuesto un duro golpe para el honor y la grandeza del rey en un momento en el que se abría un camino de amistad con la Puerta. Dice llevar fuera de casa diecinueve meses, con el consiguiente perjuicio, de los cuales seis en España sin haber conseguido audiencia a pesar de sus reiteradas solicitudes. La escasa ayuda de costa que Pérez le dio para su mantenimiento no la ha cobrado, y la petición de un aumento no ha tenido respuesta. Finalmente, se muestra convencido de que el rey no debe de estar bien informado de sus peticiones, porque no puede creer que se le paguen así tantos años de servicio.

§ 25. Sta. Cruz vino a defender el sistema estable de informadores y espías en Constantinopla del que él formaba parte, frente al intrusismo de aficionados, en su mayoría antiguos cautivos que viajaban a y desde Constantinopla con todo tipo de noticias y proyectos. En su opinión, la trasmisión de avisos de levante siempre sería necesaria mientras durase el Imperio Turco, tanto en periodos de guerra como de paz, y esta tarea no debía confiarse a ningún español que dijera ser experto en las cosas de allí, ni aunque hubiera estado treinta años. Recomienda cautela ante los avisos de Margliani, no porque sea un mal servidor, sino porque su inexperiencia le lleva a fiarse de Salomón ben Natán, gran enemigo de Sta. Cruz y del nombre cristiano. Hurrem Bey es de fiar, pero si Salomón y el bajá prepararan alguna traición no podría hacer nada por evitarla, para no descubrirse. Recuerda la humillación sufrida recientemente por un embajador persa llegado a la Puerta para firmar la paz. A cambio de ésta el sultán exigió al sofí el pago de un tributo o la entrega de Casbin (Qazbīn), por lo que el embajador se vio obligado a regresar desairado sin haber conseguido nada. Si así actuó con el sofí, que es de su misma ley, supone que aún peor se comportará con el rey, que es cristiano y ha tardado tanto en tomar una decisión sobre sus propuestas. Por ello pide que el embajador que se envíe, al que se ofrece a acompañar, viaje con suma prudencia y no pase a territorio turco hasta que tenga noticia de la llegada a Ragusa, con un salvoconducto, del chاوز y los jenízaros encargados de escoltarlo hasta la Puerta. Exhorta al rey, no obstante, a considerar detenidamente si debe enviar embajador, porque el sultán no quiere la paz por necesidad, sino para aumentar su grandeza y demostrar que todos los príncipes cristianos necesitan su amistad. Recomienda, finalmente, que no vaya nadie que haya estado cautivo en Turquía, sino alguien de alcurnia y con un buen acompañamiento, porque un embajador así prestigia al propio monarca. Pone el ejemplo del rey de Francia, estimado en la Puerta mientras envió embajadores de postín, pero menospreciado cuando empezó a enviarlos de escasa valía⁷⁸.

⁷⁸ AGS E159 ff. 296–297.

Los Prolegómenos de la Tregua Hispano-Turca de 1578

§ 26. Las negociaciones de Acuña-Margliani para la firma de la tregua a punto estuvieron de originar un serio conflicto diplomático con Roma. Al pasar por Italia camino de Constantinopla en 1576 Acuña iba proclamando, con gran indiscreción, que viajaba para negocios de importancia, y a su regreso, que había logrado grandes efectos. Nadie le creyó hasta que llegó de la Puerta la noticia, posteriormente confirmada por cartas de Ragusa, de que había concertado una tregua entre el sultán y Felipe II, que rápidamente se difundió por toda Italia. Con todo, Gregorio XIII aún no había hablado del asunto con el embajador español Zúñiga cuando éste comunicó al rey, con carta del 16 de junio de 1577, que a todos los que le preguntaban al respecto les contestaba que nada sabía. En su respuesta del 3 de agosto el rey le informó sobre el viaje de Acuña, su propósito inicial de incendiar la armada, sus entrevistas con el primer visir y el ofrecimiento para una suspensión de armas, cuya importancia pondera para acometer una reparación interna de sus reinos y estados. Deja a Zúñiga libertad para contestar lo que le parezca oportuno a quien le pregunte sobre estos rumores, incluido el papa. En una anotación de su puño y letra al final de la minuta le recuerda que no mencione a nadie el objetivo primero del viaje de Acuña, no sea que la noticia llegue a Constantinopla y despierte recelos. Por esas mismas fechas se difundió también en Italia la nueva de la llegada de un embajador turco a Nápoles, por lo que Zúñiga escribió a Mondéjar para pedirle información al respecto. En realidad no era tal, sino que el supuesto embajador era Aurelio de Sta. Cruz, como hemos visto (cf. § 22ss). Mondéjar informó a Zúñiga de la respuesta que había dado a Sta. Cruz, a saber, que la propuesta de un tregua había sido una estratagema de Acuña para salvar la vida una vez descubiertos sus planes. Todo esto lo cuenta Zúñiga en una carta al rey del 3 de septiembre en la que le dice que con esta explicación intentará acallar los rumores difundidos sobre la tregua, a pesar de que por vía de Venecia se insiste en que ya está firmada. Todo este intercambio epistolar ratifica hasta qué punto la ignorancia de Mondéjar (difícilmente interpretable como fingido disimulo) sobre las verdaderas propuestas de Acuña y los objetivos del viaje de Margliani contribuyeron a que éste pudiera desarrollarse con relativa calma⁷⁹.

Mientras Zúñiga aseguraba al papa que lo de la tregua era una artimaña de Acuña a la que el rey no prestaba atención, Antonio Pérez hacía otro tanto con el obispo de Padua, nuncio papal en Madrid. Las respuestas fueron suficientes por el momento, pero la insistencia de los rumores hizo que se volviera a tratar del tema en 1578. Con carta del 16 de marzo el rey informó a Zúñiga sobre el viaje de Margliani y la orden que llevaba. Éste contestó el 7 de abril informando de una conversación mantenida con el cardenal de Como sobre la tregua. El nuncio en Madrid, por su parte, instó al rey a no actuar sin el consentimiento del papa, por tres razones: de conciencia, por tratarse de una tregua con “infiel”, económica, por las gracias eclesiásticas que tenía concedidas para la lucha contraturca, y política, porque el reino de Nápoles lo tenía la corona española como

⁷⁹ AGS E931 F87 y E930 SF.

feudo en depósito. Felipe II contestó al nuncio con vaguedades y el 2 de junio escribió a Zúñiga dos cartas, una breve en la que le pone al corriente de estos hechos, otra más extensa en la que le transmite lo que debe decir al papa. Examinemos con detalle los argumentos españoles⁸⁰.

§ 27. Felipe II empieza haciendo un resumen de las noticias que ya había transmitido a Zúñiga en las cartas de agosto de 1577 y marzo de 1578. Con posterioridad, el 16 de mayo llegó un enviado de Margliani con información de lo tratado con el bajá (cf. § 24). Las condiciones de la propuesta gustaron al rey, porque dejaban intacta su autoridad y se hacían desde la igualdad de ambos bandos, y porque el bajá había aceptado que no hubiera comercio tras la firma de la tregua, asunto en el que el rey no estaba dispuesto a transigir. Los motivos principales que le mueven a aceptarla, según expone a Zúñiga para que se los dé a conocer al papa, son la situación de la cristiandad, en especial la revuelta de Flandes, y la urgente necesidad que tienen sus reinos y estados de reparación y fortificación. La solución a tan graves problemas no puede alcanzarse -dice- sin una suspensión de las hostilidades, como ha quedado de manifiesto en los años anteriores, en los que se ha gastado todo el dinero y energías en una defensa de la cristiandad de la que todos se han beneficiado, pero a la que no todos (con la excepción del papa) han contribuido. Una vez resueltos los problemas de Flandes y reparadas las defensas de los reinos se podrá acudir con renovados ímpetus a la guerra contra la Puerta, no sólo defensiva sino también ofensiva. El rey insta a Zúñiga a que así se lo haga entender al papa y le diga que la negociación de Acuña y Margliani ha sido ya la causa de que en los años 1577-78 no haya venido armada turca en daño de la cristiandad, al igual que tampoco ha ido la española. En ningún momento Zúñiga deberá mostrar ante el pontífice el menor resquicio de duda sobre el disfrute futuro de las gracias y beneficios eclesiásticos, que se destinarán, por un lado a recomponer la situación de Flandes y fortificar y reparar los reinos, por otro a fabricar galeras, fundir artillería, preparar aparejos, etc., con vistas a reunir una gran armada. El rey se muestra convencido de que obtendrá el beneplácito del papa, porque otros príncipes firman treguas y paces muy distintas en la forma y finalidad de la que ahora se negocia sin su oposición, argumento que el embajador podrá esgrimir ante él si la ocasión es propicia. Es evidente que Felipe II alude veladamente a estados como Venecia o el Imperio, firmantes de más de un tratado formal de paz con la Puerta, pero quizás aún más a Francia, a cuyos reyes el tratado de amistad de 1536 y la fluida relación política y diplomática con Turquía, con frecuencia en detrimento de otros estados cristianos, no les impedía seguir ostentando el título de "monarcas cristianísimos".

§ 28. Como era de esperar, las razones esgrimidas por parte española no convencieron en Roma. Por tres papeles sin fecha ni firma, sin duda de algún ministro del papa y reflejo de la posición oficial, conocemos los contraargumentos romanos. La excusa de Flandes, en su opinión, carece de fundamento, ya que la armada otomana no puede presentarse allí a apoyar a los rebeldes y su ejército

⁸⁰ Toda la documentación manejada hasta el final está en el AGS E932 SF.

está ocupado en Persia. En estos momentos el sultán no tiene suficientes fuerzas para atacar al rey, pero un alivio de tres o cuatro años lo pondría en situación de reanudar la ofensiva, ya que para él no es ningún demérito el incumplimiento de lo prometido, como ha demostrado con la Serenísima y el Imperio en varias ocasiones. Por el contrario, tan sólo con la reunión anual de las galeras ordinarias de España y Venecia el sultán se verá obligado a armar más y más barcos, lo que le impedirá acrecentar sus fuerzas. Una vez desmontados los argumentos españoles -situación de Flandes y necesidad de fortificar los reinos- se pasa revista a los motivos que desaconsejan la firma de la tregua, de índole religiosa, política y económica. En primer lugar, Felipe II es un príncipe cristiano y ha de considerar la grave ofensa a Dios que supone tratar con “infieles”, más aún sin el consentimiento del papa. De nada sirve escudarse en el ejemplo de otros, ya que el mal nunca puede encubrirse con otro mal. Además, la posesión en feudo del reino de Nápoles le obliga a no tratar con ellos sin permiso del papa. Por último, si se firmara la suspensión quedarían automáticamente anulados los subsidios de *galeras* y *cruzada*, concedidos específicamente para la guerra contra-turca, ya que para Flandes aún quedaría el del *excusado*, otorgado para la lucha contra la herejía. Junto a estos argumentos mayores se aducen otros dirigidos a halagar al rey o acicatear su orgullo imperial: Felipe II es el príncipe más fuerte de la cristiandad, el único, con el papa, que no ha pactado con el sultán, es incluso más fuerte que él y pertenece a una casa, la de Austria, que es la única en el mundo que compite con la otomana. Se le recuerda que su padre, el emperador Carlos, jamás quiso firmar una tregua con la Puerta a pesar de las revueltas de Alemania, por lo que firmarla ahora supondría mancillar la memoria paterna.

§ 29. Por último, motivos de otra índole desaconsejaban, en opinión de Roma, la suspensión de las hostilidades: el odio feroz de los turcos hacia los cristianos, que induce a sospechar que no quieren la tregua por caridad sino para preparar algún ataque; el incumplimiento reiterado de sus promesas, que hará que el rey nunca pueda desarmarse con total seguridad; finalmente, su afán de “sojuzgar el universo y beber la sangre cristiana”. Por otro lado, se recalca que la ocasión presente parece propicia para la continuación de la lucha, porque el sultán actual no es muy belicoso, está ocupado en Persia y existen esperanzas fundadas de recuperar Chipre e, incluso, de que se firme una nueva liga⁸¹. Además, aunque

⁸¹ A Roma había llegado la noticia de una rebelión de los jenízaros de Chipre, que habían dado muerte al bajá y autoridades, alzado los estandartes de España, Venecia y el papa, y anunciado que enviarían un embajador a la cristiandad. Los venecianos se desentendieron del asunto rápidamente. El ministro del papa que redacta estos memoriales considera que sería un error rechazarlos y no enviar ayuda, sobre todo porque dan el reino ya conquistado y tan sólo hay que tomar posesión de él. I. K. HASSIOTIS, *Ἰσπανικὰ ἔγγραφα τῆς κυπριακῆς ἱστορίας*. Nicosia 1972, 5–19, publica varios papeles remitidos por Mondéjar desde Nápoles con información sobre el levantamiento, cuyo único objetivo fue, al parecer, reclamar el pago de la soldada. En su carta del 7 de julio de 1578 Mondéjar afirma expresamente no haber hecho excesivo caso de la oferta “por tener orden tan precisa de v(uestra) m(ajestad) [...] para que no embíe galera deste reino a ninguna empresa” y “por no saber si sería de inconveniente

se comprende el deseo de una tregua para recomponer la situación de los Países Bajos, se recuerda que no necesariamente de lo uno se seguirá lo otro, y se afirma que el medio más seguro para alcanzarlo sería que el rey se estableciera en Milán con el rumor de que va a pasar a Flandes. Un año de permanencia en esa plaza sería suficiente para alcanzar una mejora notable de la situación, de forma que la armada turca no se atrevería a acercarse a Italia y en Flandes se alcanzaría la victoria o un acuerdo honesto y estable. Ya en 1575 Gregorio XIII había hecho al rey idéntica petición, pero Felipe II se había excusado aduciendo dificultades genéricas que se le planteaban. Ahora le exhorta de nuevo a hacer todo lo posible para realizar el viaje, porque supone que ya habrán desaparecido esas dificultades. Además, en aquella ocasión le concedió y confirmó las gracias que solicitaba, por lo que puede decirse que ahora está casi obligado a pasar a Italia. Todos estos puntos fueron recogidos en una carta del papa del 1 de agosto, que el nuncio en Madrid presentó al rey con los escritos y memoriales en los que se exponían las razones de la inconveniencia de la tregua. Al final, sin embargo, todos los esfuerzos de Roma resultaron infructuosos, y en octubre el rey decidió enviar a la Puerta, con rango de embajador, a D. Juan de Rocafull para firmar las capitulaciones alcanzadas por Margliani con el bajá⁸².

§ 30. En diciembre de 1578 la decisión está definitivamente tomada y el rey la da a conocer a sus ministros. Con carta del día 15 ordena a Zúñiga que comunique al papa su decisión de enviar a Rocafull como embajador para sellar la tregua con la Puerta. Le pide que le reitere una vez más los motivos que le han impulsado a tratarla, pero que espere a que Rocafull salga de Nápoles para informarle del viaje. Con la carta le envía una copia de las capitulaciones pactadas, para que se la enseñe si lo estima oportuno. Por lo que respecta a las gracias eclesiásticas, le pide que recuerde al papa en cuántas cosas puede gastarse ese dinero para defensa y seguridad de lo que ya se tiene, porque se corre el peligro de perderlo todo si no se hace así. Aunque haya tregua, habrá que mantener las mismas galeras y, además, gastar dinero en la fortificación de los reinos de Italia para defensa de todos, también de la Santa Sede. Queda claro que Felipe II no se arredró ante las insinuaciones de perder las gracias y beneficios eclesiásticos, antes bien recordó al papa que la seguridad de Roma y del resto de Italia seguía dependiendo en buena medida de sus armas.

para el negocio que el capitán Margliano trata". Zúñiga, por el contrario, en carta a Mondéjar del 24 de julio se muestra partidario de ofrecer la ayuda que se pide, pero no de que lo haga el rey, que está tan ocupado en otros problemas, sino el papa y las galeras de Malta. Por carta del 17 de agosto el rey aprueba la actuación de Mondéjar y las razones que le han movido a no hacer nada en este asunto. Toda esta documentación está conservada en AGS E1077 ff. 88, 96-98, 108, 117, y E1078 F156.

⁸² En el AGS E489 se conservan las minutas de las cartas llevadas por Rocafull al sultán y las instrucciones que se le dieron, así como la documentación remitida por Margliani desde Constantinopla durante ese año, en la que da cuenta de lo tratado con el bajá.

Los Prolegómenos de la Tregua Hispano-Turca de 1578

El 16 de diciembre el rey escribe al papa en creencia de Zúñiga y le manifiesta su esperanza de que quede satisfecho con la respuesta que éste le dará y con lo que en Madrid se dijo al nuncio. En la minuta conservada se menciona el deseo del rey de viajar a Italia y la imposibilidad de hacerlo por el estado actual de sus asuntos, y se afirma que quizás pueda hacerlo más adelante. No contento con esta redacción, el rey hizo al margen la siguiente anotación manuscrita: “esto estaba bien quando pensábamos ir cada día, pero alargándose pareceráles ques burlarlos, y así me parece ques menester mudar esto en alguna buena forma, miradlo cómo...”. Es de suponer, pues, que la versión definitiva fuera menos concreta en este punto del viaje a Italia. La víspera de la Navidad el rey volvió a escribir a Zúñiga para darle cuenta de la entrevista que tuvo Pérez con el nuncio en Madrid, al que mostró una copia de las capitulaciones alcanzadas por Margliani en Constantinopla, pero sin mencionar la partida de Rocafull para ratificarlas. Al nuncio todo le pareció bien y se ofreció a hacer valer sus buenos oficios ante el papa.

También del 15 de diciembre son sendas cartas a los embajadores españoles en Venecia y Génova, con las que se envió una relación de todo lo tratado y acordado. A ambos el rey les pide que hagan ver a las autoridades de esas repúblicas el cuidado que siempre tuvo de incluirlas en la negociación, por la buena voluntad que les profesa, y les manda que informen de forma genérica, sin entrar en detalles hasta que no se conozca definitivamente el resultado final de la misma. Al embajador en Venecia se le ordena, en particular, que haga estas gestiones cuando Mondéjar le avise de la salida de Rocafull hacia levante. Al virrey de Sicilia le escribe el 24 de diciembre una carta en la que hace repaso de lo actuado desde el primer viaje de sabotaje de Acuña hasta las capitulaciones alcanzadas por Margliani, le reitera los motivos que le han impulsado a aceptar la tregua y le pide que sólo tenga en cuenta la información que él le transmite, no las noticias que hayan podido difundirse en Italia. Probablemente de ese mismo día es otra carta a Mondéjar en la que le pide que, si no lo ha hecho ya, despache rápidamente a Rocafull. A Madrid había llegado el rumor, que luego se reveló falso, de la muerte de Mehmed Bajá, pero el rey se muestra convencido de que esto no será obstáculo para la firma de la tregua. El viaje de Rocafull, en todo caso, siempre pondría de manifiesto la disposición de España a cumplir lo pactado. En caso de que Margliani hubiera escrito desde Constantinopla manifestando la conveniencia o inconveniencia de seguir adelante, el rey ordena a Mondéjar que se lo comunique a Rocafull y actúen según las indicaciones de aquél. Finalmente, le pide que informe a Juan de Idiáquez, embajador en Venecia, de la salida de Rocafull en cuanto se produzca, para que éste dé cuenta de ella a las autoridades de la Serenísima República.

§ 31. Llegamos así al límite del periodo y sucesos históricos que me había propuesto historiar. La documentación analizada pone en evidencia que la plática sobre una hipotética tregua surgió en ambientes de cautivos. Los primeros tanteos debieron de producirse nada más firmarse la paz turco-veneciana de marzo de 1573. De ese año es la conversación informal de Memi Çelebi con Juan Barelli

sobre una suspensión de armas, y es posible que también Avellán hablara de ella con el hijo de Uluç Alí cuando lo acompañó a Constantinopla. Pero el diálogo aún no estaba maduro y estas referencias breves y aisladas se entremezclan con la continuación de las acciones ofensivas, abiertas y encubiertas. En verano de ese año D. Juan se apodera, con gran irritación de la Puerta, de las plazas de Túnez y Bizerta. La conquista apenas duró un año, tras el que volvieron a manos turcas no sólo éstas, sino también La Goleta. De este modo la Puerta se aseguraba, apenas tres años después de su derrota en Lepanto, un control aún más estrecho, si cabe, de la costa africana más próxima a Sicilia. Es posible que el desastre de Túnez-La Goleta contribuyera al cambio de orientación de la política exterior de Felipe II, pero no como factor exclusivo ni siquiera determinante. Los graves problemas de Flandes desde 1572, la inseguridad creciente de las rutas atlánticas por la piratería, la violación reiterada del pretendido monopolio del comercio americano, la implicación española en las luchas religiosas de Francia y, para colmo de males, la bancarrota de septiembre de 1575, segunda del reinado, obligaron al Rey Prudente a dispersar sus esfuerzos en política exterior. Además, en estos años el partido pacifista de la corte, encabezado tras la muerte del príncipe de Éboli (1573) por el secretario Pérez, alcanza el apogeo de su poder tras el fracaso en Flandes de la política imperial de Alba, cabeza de la otra facción cortesana. Si a todo esto sumamos el interés de la Puerta por resolver los problemas de su frontera oriental (los nuevos originados por la expansión de Rusia hacia el Cáucaso y los crónicos de Persia), se entiende por qué España y Turquía coincidieron en la necesidad de una tregua después de medio siglo de constante enfrentamiento. Ambos imperios han alcanzado su máxima extensión en el Mediterráneo, excepción hecha de la conquista turca de Creta en el s. XVII, y han comprobado que pueden hacerse mucho daño pero no derrotarse, por lo que emprenden el camino de la cohabitación, aunque sea disimulada. De nada sirvieron las protestas formuladas por el papa, como por cierto tampoco habían servido las españolas en 1573-75 en el asunto del intercambio de prisioneros de la Liga Santa⁸³. Si entonces Roma había actuado con absoluta soberanía y libertad de criterio, sin temer el enojo de su fiel aliado español, lo mismo hizo Felipe II en 1577-78 con las negociaciones de Acuña-Margliani, en las que sólo se movió por el interés de sus reinos, sin permitir interferencias de las autoridades romanas. Se cierra así una página histórica en el Mediterráneo, la del enfrentamiento de Carlos V y Felipe II contra la Sublime Puerta en nombre de la cristiandad. Es cierto que siguió habiendo encontronazos y escaramuzas con posterioridad a las treguas, pero no lo es menos que ya nunca tuvieron la intensidad de ese poco menos de medio siglo comprendido entre 1532 y 1574. El reconocimiento diplomático oficial de Turquía por parte española aún tardó un par de siglos en llegar, pero las treguas encubiertas de Acuña y Margliani supusieron, de hecho, su aceptación como potencia europea y mediterránea.

⁸³ FLORISTÁN, Felipe II, p. 169ss.